



PRELUDIOS DE PRIMAVERA

GOUACHE DE ALONSO.



H. M. S.
1918

EN LA MESOPOTAMIA. — ARABES VISITANDO BAGHDAD



J. GRECIET y C^{IA}
 SUIPACHA 245 B. AIRES

**LIQUIDACIÓN DE
 MUEBLES FINOS
 POR 30 DIAS**

Cómo adivinó mi gusto
 al regalarme estos exquisitos

Boubons Extra
 DE GONTARETTI Hnos.

COMO SE ELABORAN EN EL PAÍS, CON
 EXCELENTE PRODUCTOS NACIONALES,
 SUPERAN POR SU FRESCURA Y CALIDAD
 A LOS MEJORES IMPORTADOS.

FABRICADOS EXCLUSIVAMENTE POR LA
Confitería Los Dos Chinos
 DE GONTARETTI Hnos.
 ALSINA Y CHACABUCO
 U. TEL., 621 y 2720, AV. - C. TEL., 3649, CENT.
 BUENOS AIRES

PRECIO:
\$ 6.-
 EL KILO

SE VENDEN EN CAJAS DE VARIOS TAMA-
 ÑOS Y SUELTOS, EN LA FÁBRICA Y EN LA
CASA ARGENTINA SCHERRER
 161, SUIPACHA, 185 - BUENOS AIRES



¿Están Los Muebles De Ud.

opacos, con manchas de los dedos y recogen todo el polvo? ¿Tiene su fonógrafo, piano u otro mueble de caoba, un color azuloso? Puede Ud. sin dificultad devolver su belleza primitiva usando la



CERA PREPARADA DE JOHNSON'S

Limpia y pule en una operación—protege y conserva el barniz—cubre manchas y rayas superficiales—evita que el barniz se parta.

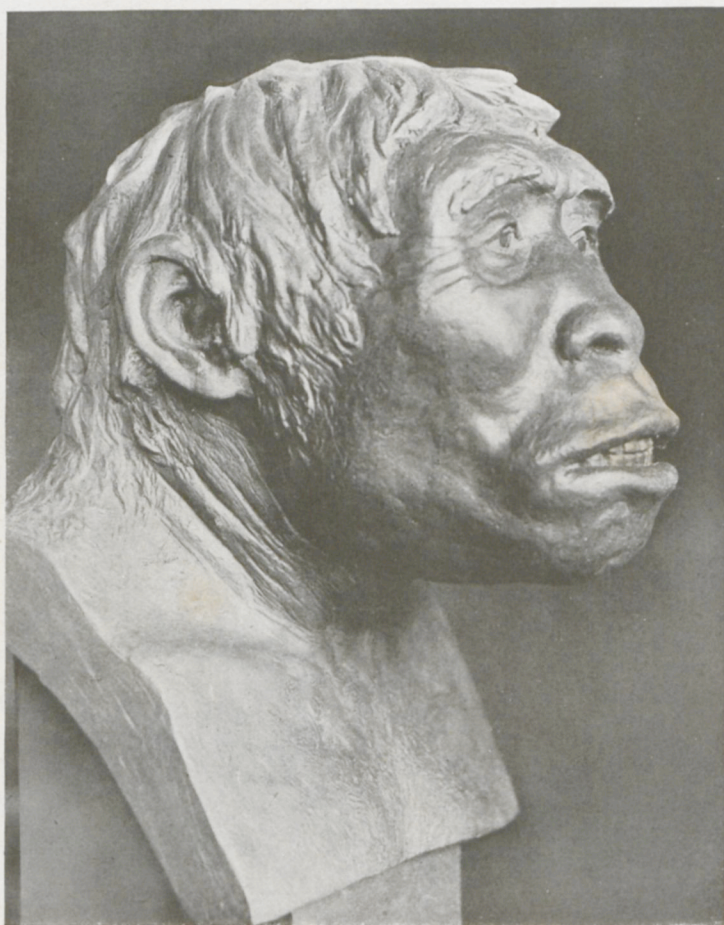
La Cera Preparada de Johnson es un PULIMENTO A PRUEBA DE POLVO. No contiene aceite y produce una superficie como cristal, que no recoge ni retiene el polvo. Jamás se pondrá suave o pegajosa en tiempo caluroso. Además de pulir muebles, también sirve para la conservación de

Pisos	Automóviles	Linóleo
Pianos	Obra de madera	Objetos de cuero

Si su vendedor no tiene los productos Johnson, él puede obtenerlos de

S. C. JOHNSON & SON, Fabricantes, Racine, Wisconsin, E. U. A.

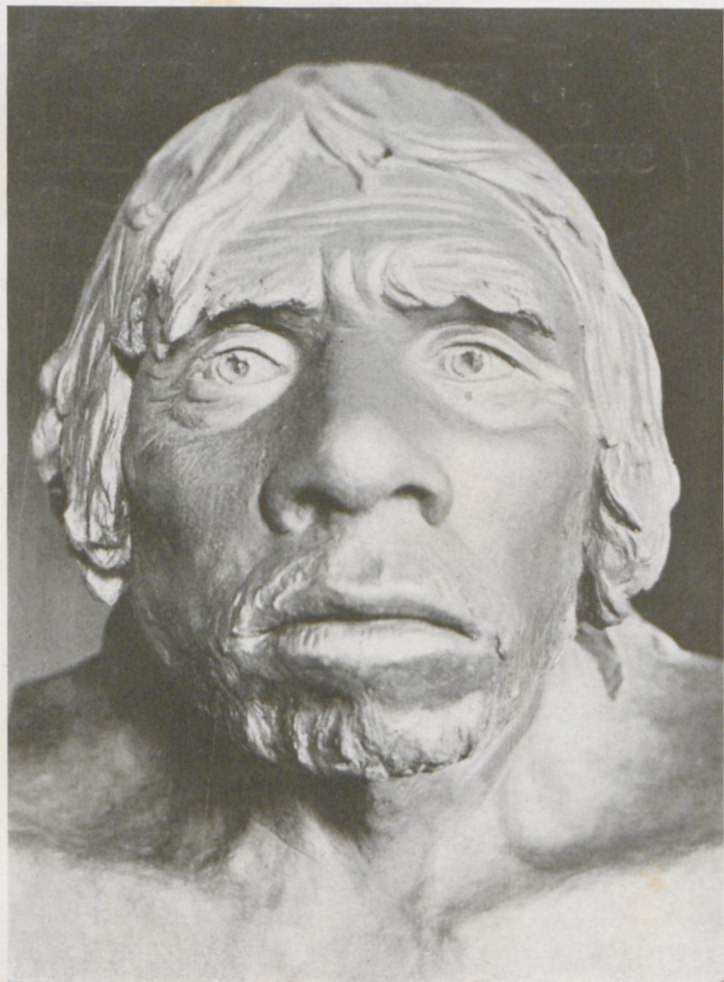
LOS ANTROPOIDES



EL ANTROPOPITECO.

En la Academia de Ciencias Naturales, de Filadelfia, se exhiben entre otros curiosos documentos antropológicos, reconstrucciones notables hechas sobre los cráneos de los hombres de Neanderthal y de Trinit (Java).

El primero de estos cráneos, como todo el mundo sabe, provocó largas discusiones, así como el segundo. En ellos se cree haber hallado pruebas del origen simiesco del hombre.



EL HOMBRE DE NEANDERTHAL.

Luxor



*...es el sello de
elegancia y distinción.*

Todo cuanto una dama elegante necesita para su
embellecimiento, lo hallará en estos finísimos

PRODUCTOS DE TOCADOR

POLVOS, CREMAS, LOCIONES, EXTRACTOS, DENTÍFRICOS, SALES,
JABONES, ARTÍCULO DE MANICURA, SHAMPOO, TALCOS, etc., etc.

FÍDALOS EN TODAS LAS TIENDAS, PERFUMERÍAS Y FARMACIAS

REPRESENTANTES:
Frigorífico ARMOUR DE LA PLATA Sc. An
EXPOSICIÓN: AVENIDA DE MAYO, 668.
BUENOS AIRES

ARMOUR AND COMPANY
CHICAGO, ILL. - E. U. A.





UN PERGAMINO DE HANS BURGMAIR

Entre las obras de arte antiguo que alhajan el nuevo palacio de los señores Errázuriz-Alvear, se destaca por su interés único este curioso pergamino de Hans Burgkmair, cuyas figuras representan el cortejo de los tesoros imperiales de Austria a principios del siglo XVI.

Sus actuales propietarios lo adquirieron hace unos años en la capital de España, juntamente con los tres grandes tapices que figuran en el hall, y el retrato ecuestre de D. Diego de

Laneville, capitán de armas en el Estado de México. Tanto el pergamino como las otras obras anotadas, pertenecieron al Excmo. Sr. Duque de Sexto, Marqués de Alcañices, como representante mayor y heredero de la muy antigua y noble casa de Spinola.

El Emperador Maximiliano de Austria queriendo hacer dos libros de cincuenta y ocho hojas cada uno, destinados a perpetuar sus grandezas y las grandezas de su Imperio, encomendó las ilustraciones a Alberto Durero y a Hans Burgkmair, que figuraban en primer lugar entre los más célebres artistas de la época. Este último hizo el llamado «Los triunfos de Maximiliano», obra que se conserva en

la Biblioteca Nacional de Madrid, como una de sus más preciadas y artísticas joyas.

El pergamino, cuya escena policromada y miniada representa el cortejo de los tesoros sagrados, es un ejemplar rarísimo y de gran valor, no tanto por su perfecto estado de conservación como por ser la última página del libro a que hemos hecho referencia, el cual fué expuesto en la exposición de arte retrospectivo celebrada hace unos años en Brujas, en unión de otros objetos de incalculable mérito histórico y artístico, pertenecientes a la Real Casa de España, siendo custodiado todo ello por los Monteros de Espinosa.

P. V.



RENOVACIÓN DE CUTIS POR ABSORCIÓN

Si su cutis está estropeado con palidez, manchas, barrillos o pecas, de nada sirve que use usted polvos o pinturas, lociones, cremas y otras cosas para hacer desaparecer estos fastidios. A menos que tenga usted la habilidad de un artista, desfigurará su apariencia mucho más.

El nuevo método racional es quitar el cutis mismo con todas sus faltas ofensivas. Cómprese un poco de cera pura mercolizada en una botica, y úsese por las noches, lo mismo que si fuera cold cream. Quítese por la mañana con agua y jabón y un salpicón de agua fría. La cera mercolizada absorbe la banda mortecina de piel en pequeñas partículas, de manera que nadie nota que está una arreglándose la cara, a no ser por su resultado, que es verdaderamente maravilloso. No hay nada que se le parezca para conseguir un cutis saludable y hermoso.

Tengo entendido que el producto genuino se

CONSEJOS PRACTICOS PARA CONSERVAR LA BELLEZA

POR CHARLOTTE ROUVIER.

vende solamente con un envoltorio de cartón blanco, con las palabras en inglés «pure mercolized wax», impresas en azul.

PARA HERMOSEAR Y HACER CRECER EL CABELLO

Los jabones y los shampoo artificiales causan la ruina de muchas cabezas de preciosa cabellera. Pocas personas saben que una cucharadita de las de café llena de buen stallax disuelto en una taza de agua caliente ejerce una natural afinidad sobre el pelo y constituye el lavado de cabeza más delicioso que pueda imaginarse. Deja el cabello brillante, suave y ondulado, limpia completamente la piel del cráneo y estimula en gran manera el crecimiento del pelo. Se vende en las boticas solamente en paquetes sellados, a un precio que no es elevado, porque cada lata contiene cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo, lo que, al fin y al cabo, resulta económico.

NO PONGA USTED CARA DE VIEJO

Las canas añaden años a nuestra persona. Las desventajas de teñirse el pelo son tantas, que no es necesario mencionárselas. Pocas personas saben que una sencilla receta al estilo de nuestros abuelos, que puede hacerse en casa, devuelve prontamente el color primitivo a las canas sin producir ningún daño al cabello. No hay más que comprar en la botica dos onzas de tammalite concentrada y mezclarlas con tres onzas de «bay rum» o espíritu de laurel. Con una esponjita se aplica la loción al cabello durante algunas noches y se conseguirá perfectamente el objeto deseado. Esta fórmula tan sencilla ha dado el mejor resultado a cuantos la conocían y usaban en las pasadas

generaciones. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

EFICAZ REMEDIO CONTRA EL VELLO

MUCHAS damas saben cómo combatir temporalmente ese crecimiento de vello que las afea, pero pocas conocen un remedio permanente. Para este propósito, debe usarse porlac puro pulverizado. Compre usted una onza, poco más o menos, en su botica, y aplíquelo directamente a la parte de pelo que le moleste. El objeto de este tratamiento no es solamente la repentina desaparición del vello o pelo superfluo, sino que mata sus raíces por completo en un espacio de tiempo relativamente corto.

DESAPARICIÓN INSTANTÁNEA DE LOS BARRILLOS

UN procedimiento muy sencillo, inofensivo y agradable está ahora en uso para limpiar el rostro de puntos negros, librarlo de grasas y hacer que desaparezcan los anchos poros que lo afean. Basta con que eche usted una tableta de stymol (de venta en todas las boticas) en un vaso de agua caliente y que se lave la cara con el líquido después que haya desaparecido la efervescencia que produce. Los puntos negros pigmentosos salen como por encanto de su nido y se confunden en la toalla; los poros se contraen y la grasa desaparece, dejando un cutis liso, suave y fresco, libre de toda mancha. Pero a fin de que este rápido resultado se convierta en permanente, es preciso que repita usted el tratamiento varias veces, con intervalos de cuatro o cinco días.



GATH & CHAVES EXHIBE ACTUALMENTE SU COMPLETO SURTIDO DE NOVEDADES DE LA ESTACIÓN. SE EXPONEN VERDADERAS ORIGINALIDADES EN VESTIDOS, SOMBREROS, «ROBES DE SPORT», TÚNICAS, «TEA GOWNS», «SAUTS DE LIT», CALZADOS, SEDAS Y TEJIDOS DE ÚLTIMA CREACIÓN, TODO Suntuoso, DE IMPECABLE BUEN GUSTO, INTERESANTE Y DIGNO POR CONSECUENCIA, DEJ QUE LAS SEÑORAS LO EXAMINEN. LAS INVITAMOS cordialmente A VISITAR NUESTRO ANEXO.

THE SOUTH AMERICAN STORES.

GATH & CHAVES Ltd.

ANEXO: AVENIDA DE MAYO, PERÚ Y RIVADAVIA.



Las creaciones *Harrods* interpretan fielmente los dictados de la moda y constituyen la más alta expresión de elegancia y calidad.

Especialidad en trajes para amazonas

N.º 3873
ELEGANTE TRAJE AMAZONA, con breeches, en casimir inglés o rica clase de sarga azul marino o negra, medio forro de seda... \$ **180.-**

N.º 3931
TRAJE AMAZONA, con pollera combinación Sport y de montar, en rica sarga azul marino, negra o cover-coat color, con o sin cuello de terciopelo, saco medio forro de seda, \$ **150.-**

EL MISMO MODELO, con saco de de sarga negra y pollera a cuadros blancos y negros, a..... \$ **130.-**

N.º 3872
NUEVO MODELO DE TRAJE AMAZONA, compuesto de tres piezas: saco, breeches y pollera, muy elegante, en rica clase de casimires ingleses o sarga azul marino y negra, saco medio forro de seda... \$ **190.-**

SOMBREROS DE FIELTROVELOURS, de la renombrada marca «Stetson», especiales para amazonas, en distintas formas y colores de moda... \$ **35.-**

BREECHES, en género cover-coat, sarga azul marino o negra..... \$ **45.-**

EL MISMO MODELO, en brin de hilo lavable..... \$ **19.50**

N.º 6145
POLLERA AMAZONA, combinación pantalón, muy práctica y elegante, en cover-coat, sarga azul marino o negra \$ **65.-**

N.º 6273
POLLERA AMAZONA Y DE SPORT, para usar con o sin breeches, en cover-coat, rica sarga azul marino o negra a..... \$ **55.-**



Harrods Florida, 877 y Paraguay, 554



PRIMAVERA DE LA VIDA
GOUACHE DE ÁLVAREZ.



DE LA TIERRA TROPICAL Las "Chavelonas"

A CLEMENTE ONELLI, EL ADMIRABLE
AQUAFORTISTA DEL ZOOLOGICO

Promediando el *potrero grande*, precisamente entre lo más tramado del *camalotal* es en donde se estancan las aguas catalépticas de la laguneta. Es esa laguneta, y la media docena de árboles que la circundan, punto de cita de todas las *chachas*, de todos los patos silvestres, y de todas las garzas morenas de los alrededores. (Y es en esas inocentes palmípedas, en esas pacíficas zancudas, en las que, las escopetas pueblerinas suelen hacer, de cuando en vez, horribles carnicerías).

Esta mañana de verano el azar de mis correrías llevóme hasta el sitio ese. A tal hora tempranera, reinaba por doquier manso sosiego. Nada se movía. Ningún ruido percibíase. Era apenas una parejita de *pishishes* la que, posada en la ribera, cuchareaba con sus picos en el fango glutinoso. La superficie de la laguneta aparecía cubierta de una espesa nata verdosa, y de ella se escapaba, como de un pebetero, columnillas de caliente vaho, que trascendía a helecho putrefacto, a marisco pasado. Zumbaba sobre ella miriadas de zancudos y *jejenes*. Asomaba por alguna parte el remate limoso de una rama sumergida. Entre los tallos elásticos del *camalote*, que ha penetrado hasta muy adentro de la laguneta, la *espuma de sapo* va enredando sus apretados collares de livianas ampollitas y sus rosarios de frágiles burbujas, como si aquello fuere el aderezo de alguna deidad lacustre. Bajo las anchurosas y barnizadas hojas de una frondosa mata de *quequesheque*, comenzó, de pronto, a cuarear una rana. (Las hojas del *quequesheque* son carnosas, con un aspecto repulsivo de membrana, toda encarrujada. Están cruzadas de tendones resaltantes entre los que se entrecruzan fibrillas más o menos pronunciadas, y se espera, al olfatearlas, que despidan el mismo repugnante tufo de las alas de murciélago). No cabía duda alguna de que la rana que así cuareaba era una rana ternezuela. Su croar resultaba un croar vacilante, impreciso, borroso casi. Era una rana inexperta; una pobre ranita aislada que sonsonetaba porque sí, porque le daba su gana. Observando entre los tallos morados de la mata, procuraba divisar el diminuto cuerpo del batracio, cuya piel verduzca, de seguro, no tenía aún bien marcadas las pintas

negras, y no acababa de perder todavía la cola palmeada. (A mi oído el croar vacilante de la pobre ranita sonaba como el tañido elemental de una flauta de carrizo, cuyos agujeros hubiesen sido obturados, adrede, por sendas telas de araña).

En esos momentos, tres, cinco, siete *chavelonas* han aparecido en el espacio, límpido, clareado por el sol. ¿De dónde han surgido? ¿Por dónde han llegado? No he podido comprobarlo. Cuando me he dado cuenta de ello ha sido que las tenía ya por sobre mi cabeza, chillando, alborotando, mientras iban trazando con sus tardos vuelos amplios elipses. Se oía distintamente el ruido de olán que producían sus rudos aletazos. Súbito, una de ellas se ha dejado caer, a plomo, como si letebrase perdigón la hubiese alcanzado. Se ha sumergido, ruidosa, en las aguas putrefactas, para reaparecer un poco más lejos. En seguida las otras, una a una, han ido desgredándose, y haciendo idéntica maniobra. La mata verduzca y mantecosa que cubría la superficie de la laguneta, se ha despedazado, y por entre las rajaduras, el agua aparece negruzca, viscosa, y la tufarada trasciende a helecho podrido, a marisco pasado, se ha tornado insoportable. La nube de zancudos y *jejenes*, hase ahuyentado. La parejita de *pishishes* ha escapado, en vuelo rastrero, y refugiándose en un espeso chaparro de *chupamiel*. Allí, al resguardo, se ha quedado chita, sin remover, pegado el uno a la otra, como protegiéndose mutuamente, temblándoles la pechuga y el acerado brillo de los ojuelos opacado por lechosa telilla, como para no ver llegar el peligro. La rana ternezuela ha dejado de soplar en su flauta de carrizo. Ella que de seguro estaba a flor de agua, se ha asustado también, y de un solo ímpetu de sus ancas prolongadas se ha sumergido entre la flotante lama y ha ido hasta el fondo lodoso de la laguneta. No es el momento propicio para lirizar éste en que el fuerte pico de alguna de las *chavelonas* pudiera darle caza, y engullírsela, y así pagar bien caro su ingenua e inofensiva musicomanía matutina. Bajo las anchurosas y barnizadas hojas de la frondosa mata de *quequesheque*, los apretados collares de livianas ampollitas y los rosarios de frágiles burbujas de la *espuma de sapo*, se han disipado por completo absorbidas por la inesperada agitación de las aguas. Cuando el baño y los juguetes hubieron concluido, las *chavelonas* ganaron la ribera, y buscando reposo en las enmusguadas piedras por allí diseminadas, comenzaron a alisarse con el pico las plumas chorreantes, en las que la humedad había reanimado el brillo.

Las *chavelonas* tienen el plumaje lila, en algunos puntos casi negro de puro intenso. El buche de

un tinte gris de plomo. El estirado cuello guarnecido de tornasolada plumilla. En forma de espátula el pico, de un color opaco de pedernal, rojizo por la base. Las alas y la cola, como las de las garcetas, finas y prolongadas, caídas a medias. Ribetea cola y alas un filete negro, negro de ónice, que presta realce al lila ya en esas extremidades bastante desvanecido. El tarso, largo y delgado, pétreo. Al caminar, levanta la pata, con cierto remilgo, cual si temiese que el fango salpicase el pergamino de sus membranas. En la pupila, redonda, fija, con fijeza impertinente, hay cabrillos de gema; y lleva, como una máxima coquetería, clavada en la cabecita un ondulante moño de plumilla azul. Habitan las *chavelonas* a las orillas de los ríos, entre los manglares de los esteros, entre los zacatales de las lagunetas; alguna vez, pero muy raras, se las suele encontrar en lo más tupido de la montaña, anidando en el hueco de un tronco de árbol carcomido por la humedad, o bien entre los helechos arborescentes, entre la florescencia viscosa de los hongos. Se alimentan de peces y de renacuajos. Para dormir, se encaraman a lo más alto de los árboles, y buscan lo más tupido del follaje. Tienen la particularidad de no cantar más que de noche; y su canto semeja una carcajada burlesca, una carcajada que estallase de pronto, con toda fuerza, para luego ir decreciendo gradualmente, hasta finalizar en una especie de hipo repugnante y soez. Y es, sin duda alguna, el canto de la *chavelona*, agazapada en las tinieblas, el que la gente sencilla y crédula de los campos, toma por los

jajayos de la Siguanaba; oídas esas insólitas risotadas, por vez primera, en lo más profundo del sosiego nocturnal, causan verdadero pánico. Recuerdo que una noche, al regresar a Tarascón, e ir a cruzar el *Tomayate*, la oí; y después de los años, aquella sensación de horror, perdura en mí. La oí estallando en un recodo del río, que espejeaba al claror de la luna llena, entre un grupo de *chilamates*, a los que el misterio de la noche, prestaba aspectos de fantasmas. La risotada prolongábase. Mi cabalgadura, contaminada del pánico que yo sentía, había clavado en tierra los cascos, y paradas las orejas, erizada la crin, encabritóse. Sentía correr de los pies a la cabeza intenso escalofrío; mis oídos zumbaban, y sentía palpablemente que la cabeza aumentábame de volumen. Cuando la carcajada terminó, y pude proseguir camino, sentía la propia laxitud que debe sentir quien sale de un colapso. Cuando al llegar a Tarascón relaté lo acontecido al guardián (que es todo un Voltaire de camiseta de manta y *caites*), se sonrió, y apiadado, revelóme el secreto. A pesar de ello, tiempo después, cuando oí de nuevo el canto de la *chavelona*, experimenté el mismo pánico que la vez primera, y hasta creí divisar, a la orilla del río plateado por la luna llena, bajo la sombra de los *chilamates* calizos, a la Siguanaba que reía, reía, mientras azotaba el trapo mojado contra la lastra del lavadero.

ARTURO AMBROGI.

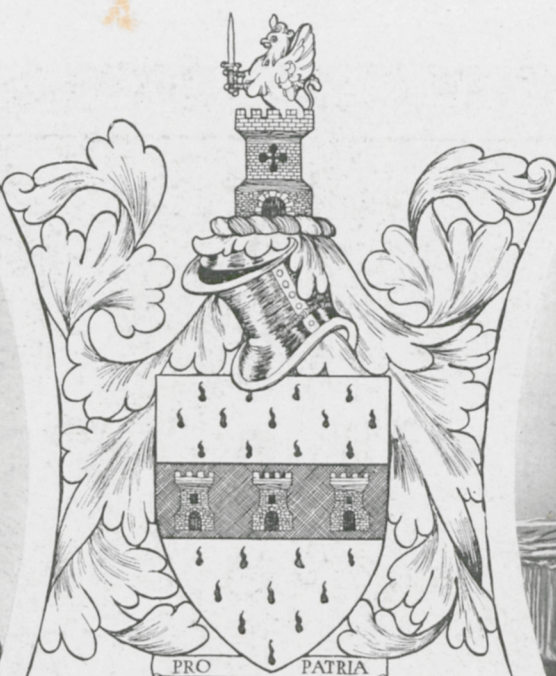
San Salvador (Centro América).

DIBUJOS DE FELÁEZ.





D. AMBROSIO O'HIGGINS,
VIRREY DEL PERÚ.



APUNTES
D. HISTORIA
CHILENA
LOS ULTIMOS
O'HIGGINS



D. BERNARDO O'HIGGINS,
LIBERTADOR DE CHILE.

La reciente inauguración del monumento con que se perpetúa en Buenos Aires la memoria de Don Bernardo O'Higgins, Prócer de la Independencia de Chile, nos ha movido a publicar algunos datos, producto de nuestras investigaciones en los archivos coloniales, donde queda establecida de una manera segura y precisa la sucesión continuada de la familia O'Higgins, hasta sus actuales y últimos representantes.

Como elemento gráfico y al mismo tiempo como curiosidad, por estar inédito hasta hoy, publicamos también el emblema nobiliario de O'Higgins, registrado en Ulster's Office, el 24 de julio de 1788 (volumen 11, página 396), concedido por S. M. Don Carlos III al trigésimo sexto Virrey del Perú, Marqués de Osorno, y cuya copia nos ha sido remitida por el Rey de Armas de Inglaterra.



A familia de O'Higgins, que tan descollante actuación tuvo en el continente americano, durante el período Colonial y de la Independencia, es oriunda del Condado de Meath, en Irlanda, donde sus representantes gozaron los privilegios de la nobleza, decayendo en posición a principios del siglo XVIII.

Los progenitores de este apellido en América fueron dos hermanos: don Ambrosio y don Guillermo O'Higgins, nacidos en el Condado de Sligo (Irlanda), el primero en 1720 y el segundo en 1722.

Habiendo perdido sus bienes de fortuna en los años de su niñez, viéronse obligados a servir, uno como paje del castillo de Dugan y otro como postillón de la vieja Condesa de Bective, señora feudal de Summerhill.

Don Guillermo, pasó a España a los catorce años de edad, radicándose en la ciudad de Cádiz, donde había sido llamado por un tío suyo, religioso, que más tarde fué confesor de Carlos III. Allí empezó la carrera del sacerdocio, pero antes de ordenarse tuvo que abandonarlo todo y marcharse de Cádiz, por haber servido de garantía a un señor que se hallaba muy endeudado y que no pudo cumplir sus compromisos. Este asunto le obligó a embarcarse para las Indias, llegando a la Asunción del Paraguay el 15 de mayo de 1753, donde desempeñó más tarde el cargo de Capitán de los Reales Ejércitos.

En cuanto a don Ambrosio O'Higgins, con el intento de hacer volver a su hermano para que continuase los estudios eclesiásticos, vino en su busca con un cargamento de mercaderías, para sufragar los gastos del viaje con el producto de su venta.

Al llegar a la Asunción del Paraguay, encontró a don Guillermo desposado con doña Bernardina Franco, por lo que desistió del propósito que lo había traído, trasladándose entonces a Lima con sus mercaderías.

Después de residir algún tiempo en esa ciudad, pasó a Santiago de Chile, donde consiguió, por intermedio de un médico irlandés, se le encomendase la construcción de albergues para los correos que conducían la correspondencia, a través de la Cordillera de los Andes, entre Chile y el Río de la Plata.

En el año de 1773, figuraba como «ingeniero delineador» en la fortaleza de Valdivia, y poco después, habiéndose sublevado los indios araucanos,



EL ESCULTOR CHILENO GUILLERMO
CÓRDOBA, TRABAJANDO LA MAQUETTE

el Capitán General de la región organizó con este motivo una compañía de voluntarios extranjeros, nombrando Capitán de ella a don Ambrosio O'Higgins. La campaña que suscitó el levantamiento de los indios, dióle oportunidad para destacarse por sus excepcionales dotes de mando, confiriéndosele sucesivamente los grados de Capitán de Dragones, Coronel, Brigadier, y en 1785, al ser ascendido a Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, se le nombró asimismo Presidente de la Audiencia, Gobernador y Capitán General de Chile. Muchas fueron las mejoras llevadas a cabo durante los diez años que duró su gobierno, contándose entre ellas la construcción del baluarte del Barón en Valparaíso.

Habiendo reconquistado la ciudad de Osorno, que se hallaba en poder de los araucanos, el rey le hizo merced de título de Castilla con la denominación de Marqués de Osorno, ascendiéndolo a Teniente General y dándole el cargo de Virrey del Perú, en sustitución de Frey don Francisco Gil de Lemus, Toledo y Villamarín, Caballero Profeso del Hábito de San Juan, Comendador de Puente Orvigo y Teniente General de la Real Armada.

El 5 de junio de 1796, tomó posesión de su alta investidura; fundó la Sociedad de Beneficencia de Lima, y bajo su breve gobierno termináronse las torres de la Catedral, se construyó el camino real del Callao y progresaron las industrias y la agricultura. En su época fué separado Chile del virreinato del Perú, incorporándose a este último la intendencia de Puno, dependiente, hasta entonces, del virreinato de Buenos Aires.

Durante las contiendas entre España e Inglaterra, don Ambrosio O'Higgins envió a la corona siete millones de pesos, con lo que el Perú contribuyó — dice Ricardo Palma — a sostener los esplendores de la Corte más que a las necesidades de la guerra.

El virrey O'Higgins, trigésimo sexto del Perú, falleció el 18 de marzo de 1801, a las 12.30 minutos de la tarde, siendo sepultado en la cripta de San Pedro de Lima.

Don Ambrosio O'Higgins, siendo Coronel de Dragones en Chillan el año de 1777, se hizo dueño del amor de Isabel Riquelme y Meza, linda chilena de quince años, hija de don Simón Riquelme de la Barrera, de cuyos amores nació en Chillan (Chile) el 20 de agosto de 1778, Bernardo Riquelme, el más tarde célebre general chileno, quien conservó el apellido materno hasta la muerte del

padre, por disposición expresa de éste.

Doña Isabel Riquelme y Meza, madre de Bernardo, contrajo matrimonio con don Félix Rodríguez, teniendo por hija a doña Rosa, la cual adoptó el apellido O'Higgins «por amor o por orgullo», según dice el historiador B. Vicuña Mackenna.

Don Bernardo O'Higgins, hijo natural del virrey y de doña Isabel Riquelme, hizo los primeros estudios en un colegio de su pueblo natal, dirigido por Fray Francisco Javier Ramírez, pasando a Londres en el año de 1795, donde permaneció hasta el fallecimiento de su padre.

En esa ciudad, tuvo por compañero a don Francisco Miranda, célebre patriota, quien le inculcó las primeras ideas sobre la emancipación de las colonias de América.

Ya en Chile, se afilió al partido revolucionario que preparaba los planes de la campaña libertadora. Iniciada ésta con los acontecimientos que la Historia describe, y después de alcanzar los primeros grados en la milicia, por méritos de guerra, don Bernardo O'Higgins tomaba el bastón de general, en reemplazo de don José Miguel Carrera.

Vencidas sus tropas en los campos de Rancagua, el 2 de octubre de 1814, uniéndose al General don José de San Martín, tomando parte muy activa en la batalla de Chacabuco (2 de febrero de 1817), donde se batió con heroísmo, al frente de su famoso escuadrón de caballería.

A raíz de tan fausto acontecimiento, donde se afirmó el ideal de los patriotas americanos, el General San Martín concedió el supremo mando del ejército a don Bernardo O'Higgins, que desde luego asumió el título de Dictador, proclamándose bajo su gobierno la Independencia de Chile, el 12 de febrero de 1818. En este acto solemne, celebrado a las nueve de la mañana en la plaza principal de Santiago, el libertador prestó su juramento con las siguientes palabras: «Juro a Dios y prometo a la patria, bajo la garantía de mi honor, vida y fortuna, sostener la presente declaración de independencia absoluta del Estado Chileno, de Fernando VII, sus sucesores y de cualquiera otra nación extraña.»

No obstante haber contribuido eficazmente al progreso del nuevo Estado, una revolución le hizo

renunciar el 28 de junio de 1823, retirándose a Lima, donde falleció el 24 de octubre de 1842, sin haber dejado descendencia.

Extinguida la sucesión del Virrey O'Higgins, pasamos a consignar algunos datos inéditos de la sucesión de su hermano don Guillermo, fallecido en la Asunción del Paraguay, el año de 1772. (Archivo Nacional de la Asunción, vol. 218, número 8, año 1774.)

Dedicado al comercio desde los primeros tiempos después de su llegada, pronto se destacó como hombre de iniciativa, logrando una envidiable independencia económica. Las vicisitudes de la época, obligaronle a cambiar esta profesión por la de las armas, siendo favorecido con el nombramiento de Capitán de Milicias, en mérito a sus dotes personales y a los servicios prestados a la persona del Virrey.

Don Guillermo O'Higgins había contraído matrimonio, como ya consta anteriormente, con doña Bernardina Franco, y fueron sus hijos: don Matías, doña Joaquina, don Lorenzo y don Blas O'Higgins y Franco.

El primogénito don Matías, nació el año de 1756, dedicándose a la carrera eclesiástica. Dueño de una gran fortuna en la Asunción del Paraguay, hizo testamento, legando todo cuanto poseía a la Virgen de los Dolores. (Archivo Nacional, volumen 127, número 3, año 1843.)

Doña Joaquina O'Higgins y Franco, nació el año de 1755, contrayendo enlace con don Francisco de Avezada, de cuya unión nacieron dos hijos: don Bernardino, primer profesor de instrucción primaria en la frontera de los indios, y doña Vicencia de Avezada y O'Higgins, casada con don Juan Bautista Barros, padres de doña Vicencia, desposada con don José Luis Machain, de quienes descienden las familias de Peña-Machain, Guanes-Machain y Battilana, Casal, etcétera.

Don Lorenzo O'Higgins y Franco nació el año de 1764; casó con doña María Juana de Gamarra, falleciendo sin descendencia, el primero en 1794 y la segunda en 1796.

Don Blas O'Higgins y Franco, hijo menor de don Guillermo O'Higgins y de su legítima mujer doña Bernardina Franco, nació el año 1772. Se dedicó a la carrera de las armas, y fué dueño de extensas propiedades en el Paraguay, donde estuvo casado desde el año de 1792 con doña Juana Pabla del Portillo.

Este matrimonio tuvo siete hijos varones, seis de los cuales murieron en los campos de batalla. El único que sobrevivió, salvando este siniestro hado familiar, fué don Juan O'Higgins, que nació en el año de 1797. Contrajo enlace con doña María Manuela Ximenez y tuvieron por hijo a don Domingo Antonio O'Higgins y Ximenez, nacido el año de 1829. Se desposó en la Asunción, el 29 de junio de 1850, con doña María Lorenza Morel, siendo padres de don Baltasar y de doña María Ruperta O'Higgins y Morel, casada con don Guillermo Cowan, padres de don Carlos Cowan O'Higgins, nacido en la Asunción el 27 de agosto de 1884. Este y su tío don Baltasar O'Higgins y Morel, son los últimos descendientes del apellido O'Higgins, que tan glorioso recuerdo tiene en la Historia del Continente Americano.

JOSÉ M.^a PÉREZ-VALIENTE.

RETRATOS PROPIEDAD DEL SEÑOR ALBERTO DEL SOLAR.



MAQUETTE DEL MONUMENTO A O'HIGGINS, INAUGURADO RECIENTEMENTE EN LA PLAZA RODRÍGUEZ PEÑA.



LA CARGA DE CHACABUCO.



DETALLES DEL MONUMENTO



EL ENCUENTRO CON SAN MARTÍN.

La mirada fría

No quiero acordarme
de que me has mirado
igual que si nunca
me hubieses tratado.
¡Oh, la indiferente y fría mirada
de tus ojos claros!

¡Recordar no quiero
cómo me has mirado!...
Porque me has mirado
igual que se mira
¡lo que aborrecemos!... ¡lo que despreciamos!...
Porque me has mirado
como si no fuesen,
aquellas, tus manos,
que las mías tantas
veces estrecharon;
como si no fuesen
aquellos tus brazos,
que tan tiernamente
mi cuello enlazaron;
como si no fuesen
aquellos tus labios
que, expirantes de amor y de dicha,
mi boca besaron...
Porque me has mirado
como si es que hubiesen sido traicioneras
las miradas puras de tus ojos claros...
como si es que hubiesen al hablar mentido
vilmente tus labios...
como si tus besos,
(¡los inmaculados!
de un amor de divinos fervores),
¡fuesen besos falsos!

De felices días, tu dulce mirada,
tu sonrisa tierna, en mí se quedaron .
y que aquella seas
esta misma que así me ha mirado,
sin volverme loco,
no puedo pensarlo...
No quiero acordarme...
yo quiero olvidarlo...
¿De qué rincón negro
de tu alma ¡tan pura! has sacado
esa indiferente y fría mirada
de tus ojos claros?

Vicente Medina



W. MEDINA

Damas chilenas



Sra. **M**aría **E**dwards
de **E**rrázuriz



Sra. **C**ristina **E**rrázuriz
Echazarreta



Sra. **I**nés **M**onti **L**ajara



Sra. **S**ara **B**ernstein **B.**

Fotografías de **R**embert



SOMBRA DEL PASADO

Llega la mañana ataviada con sus galas más puras y la ciudad despierta lentamente.

En el campanario del vetusto convento colonial, los bronce modulan sus alegres voces, llamando a los fieles a la misa del alba.

En las casas de antaño, que se han salvado del derrumbe que imponen los tiempos, se abren los grandes ventanales de vigorosas rejas de hierro forjado. Vagas figuras, con mucho de sombras, se mueven en los amplios aposentos. En los viejos candelabros arden bujías que nunca se apagan porque son ofrendas a la Virgen, traída a la casa por la devoción de los tatarabuelos.

No han aparecido aún los rayos del sol, cuando se abren perezosamente los pesados portones y gimen sus goznes el dolor de la herrumbre que le dieron los años. Salen las sombras encorvadas bajo largos mantones negros, con sus rostros surcados por cientos de arrugas, que cada año se ha empeñado en dejar como señal de su paso. Cruzan

la plaza que ya no tiene los encantos de otrora: ni los árboles corpulentos, ni los naranjos en flor, ni la vieja pirámide blanca.

Con isócrono paso, tardo y cansado, apoyadas en sus bastones, llegan a la iglesia; a la vieja iglesia, que no ha sacudido su polvo centenario; donde todo está igual, desde el manto que cubre a la Virgen de las Mercedes, hasta los ciriales de plata, negruzcos de sucios y deformados por las abolladuras. El sacerdote, con cabellos de plata, eternizado en el rito, rumia los santos latines que lee en un misal de hojas picadas y amarillentas.

Terminada la misa, cuando ya el sol enciende sus ascuas, tornan a sus casas las viejas matronas; al cruzar la plaza van como sonámbulas... Aquello no es lo que ellas vivieron: los añosos árboles fueron destroncados, el Cabildo con sus almenares cayó bajo el rudo golpear de los picos y el nieto impío destruyó la casa de la amiga muerta para levantar otra que fuera moderna.

Llegan a sus casas las viejas matronas. Se cierran de nuevo las pesadas puertas y ya nada turba la paz monacal de aquellos hogares. Así pasa el día y llega la noche con su manto negro.

Alumbra de nuevo la bujía, sostenida por el viejo candelabro, y su luz mortecina llena la estancia de sombras misteriosas y vagas... Suenan el aldabón con eco de tumba. Se abre la puerta.

— Ave María Purísima — dice una voz apagada y vacilante.

— Sin pecado concebida — responde la voz de la dueña de casa.

Toma asiento la recién llegada. Se cambian dos frases; luego se arrodillan en torno todos los criados, y a poco se eleva el rumor del santo rosario, cuyas cuentas pasan lentamente, entre las temblorosas manos de la vieja matrona, secas como los sarmientos y los pergaminos...

DIBUJO DE LARCO.

EDUARDO MIRANDA.

Bartolo



Este es Bartolo, el de la flauta; y si no lo es debería serlo.

Ha pasado tiempo desde que se hizo popular, seguramente por la originalidad de usar una flauta con un *aujerito solo*, a la que, quizá por esto mismo, no pudo sacarle mucho provecho artístico; pero en cambio sentó fama de hijo obediente, cumpliendo sin la menor protesta, los deseos de su buena madre que, creyendo tener en casa un rival de Gorin, le decía a cada momento: «toca la flauta, Bartolo».

Y Bartolo, sumiso, tocaba la flauta de un solo agujero, poniendo en ello su alma entera. Pero ¡ay! un alma de artista puede expandirse bien poco si para ello no cuenta más que con un orificio de salida.

Para inspirar a un adolescente ingenuo, dulce y cariñoso, ya es algo disponer de una flauta con un solo agujero, si ella despierta nobles sentimientos, emociones de arte en el ser a quien debe el ser; pero a los demás, menos dispuestos a la benevolencia, de sensibilidad más *caradurecida*, no es posible llevarles al campo del arte como por un tubo y por un solo boquete. ¡Soplar y hacer botellas, es fácil; pero provocar emociones artísticas con tan escasos elementos, es otra cosa!

¿Existió alguna analogía entre Bartolo y el célebre comerciante de paños que se llamó «Don Juan el del Aujero»? Quién sabe, pero creemos que no; pues mientras aquel, lleno de amor filial, paciente y humilde, soplabla la flauta como razón suprema de expansión espiritual, el otro, más prosaico y positivista, se enriquecía grandemente vendiendo trapos agazapado como un topo detrás del único agujero por donde daba salida a sus mercaderías. No; positivamente no había nada de común entre ellos; el *aujerito* de la flauta y el *aujero* del comercio de don Juan fueron creados con fines opuestos, no hay duda.

La implantación del descanso dominical fué acogida por el artista como una bendición, como una colaboración providencial. Al fin, podía dedicar un día entero a su ocupación favorita, libre de preocupaciones, y así, durante muchas horas, entregarse de lleno a sus pobres y sentidas creaciones, que le dejaban, al morir el día, tranquilo el espíritu y los labios *plissés* y en forma de embudo.

Pero, ¿es posible que haya alguien capaz de encontrar placer estético tañendo una flauta de un solo agujero? Sí, es posible; y más aún: Se ha hecho célebre.

No se sabe si por cariño filial, por amor al arte o por casualidad como cuenta la fábula, un hombre opaco, tímido, humilde, de sensibilidad rudi-

mentaria, halló en su voluntario aislamiento un goce incomprensible, haciendo de flautista solitario, entregándose del todo a este inofensivo placer que nunca trató de definir. Y en los breves paréntesis, los espacios de silencio necesarios para humedecer los labios y aspirar el aire, la buena madre, desde la pieza inmediata, le animaba dulcemente con su eterno estribillo: «Toca la flauta, Bartolo».

Han pasado los años; la madre de Bartolo ya no puede repetir las recomendaciones de antaño, pues dejó para siempre el mundo de los vivos; y su hijo, el buen Bartolo, cuya cabeza ya blanquea, sigue con la obsesión de hacer con la flauta de un solo agujero un instrumento de concierto, tratando de encontrar al mismo tiempo la música sintética.

Pasa las horas y las horas, abstraído del mundo y sus vanidades, recogido en su mundo interior, sopla que te sopla, poniendo en esta operación sencilla su alma toda, su sensibilidad de artista

primitivo, perdida la noción del tiempo, en recogimiento místico, mientras la yema del índice, tapa y destapa, en periodos irregulares, el único agujero del pobre instrumento que le hizo popular entre nosotros.

Asiste lleno de silenciosa melancolía a las óperas pasadas de moda, donde tanto lucieron los obligados de flauta, — Dinorah, Barbero, Sonámbula, Lucía. — Cascadas de sonidos, trinos de notas, lluvias melancólicas que, al desgranarse, inundan de profunda tristeza al pobre Bartolo, revelándole crudamente su obstinada impotencia. Y cuando en algún escaparate de música, grave y silencioso se detiene a contemplar largo rato las flautas modernas, de níquel, bruñidas, relucientes, llenas de llaves y perforaciones, un solo pensamiento le invade por entero haciéndole exclamar: «Así, cualquiera».

ANTONIO CAÑAMAQUE.

AGUAFUERTE DE CENTURIÓN.





ARTE ARGENTINO

LA PUERTA DE MI ESTUDIO

ÓLEO DE CESÁREO BERNALDO DE QUIRÓS.



EL SEÑOR DEL PASILLO

POR
MANUEL AZNAR

DIBUJO DE
ZAVATIARO

¿No te has fijado, lectora, en ese viejecito limpio, discreto, solitario, que, con regularidad admirable, entra todas las noches en ese comedor coruscante en que, por accidente, sueles comer en Buenos Aires? Si lo has visto, de fijo has tenido para él miradas de simpatía llenas de obstinación cariñosa. Al verlo acudir al comedor todas las noches, siempre correcto, siempre solo, siempre distinguido y grave, te has preguntado también que quién podrá ser ese buen señor que no imparte órdenes; que, mientras come, lee displicentemente las hojas de un gran diario, y se marcha después, saludando con una breve inclinación de cabeza. Yo sé que esa figura ha producido en ti un movimiento de curiosidad: yo te he visto mirarlo y seguirlo atentamente en su diario recorrido de la puerta a la mesa y de la mesa a la biselada mampara. Y como he visto tales cosas, supongo que te ha inquietado la duda; que te has decidido a preguntar al mozo, y que sólo te han dicho que ese hombre inquietante es el señor del número 7 o el huésped del pasillo...

Ese señor, amable lectora, es el mismo señor que a esa misma hora se pone a la mesa de todos los hoteles. La diferencia está en que éste es un distinguido señor que se parece a papá o a tal o a cual tío nuestro, y aquel otro es un pobre señor que lleva en el rostro las huellas de un terrible cansancio. En lo esencial todos son iguales: unos y otros no son más que variaciones del mismo interesante arquetipo, que come en la casa de todos, tal vez porque no tuvo tiempo de hacer su comedorcito hogareño. Y es un buen señor algo egoísta, un buen hombre que no supo decidirse a tiempo, o que no tuvo voluntad para agarrarse del brazo de una mujercita, o que fué tan reflexivo y prudente que prefirió estrujarse el corazón en aquella hora amorosa... De seguro, porque tú y yo lo hemos visto, es un hombre en quien hay un bello mundanismo encantado por la sutilidad de un misterio.

Como quiera que sea, ello es, lectora, que siempre hemos mirado con viva simpatía a esos hombres enigmáticos y un poco tristes. Estoy seguro de que todos llegarían a ser nuestros mejores amigos. Ellos — cómo no — son unos hombres mundanos que saben bellas historias; que han corrido mundo, y que hasta han guardado fidelidad al recuerdo de una novia ideal a quien no llegaron a amar del todo. Hasta me imagino que en la mayoría de esos hombres vive un hermano de Hamlet, hombre descontentadizo que no llegó a decidirse. No de otro modo podemos entender que viva tan solo un distinguido señor que deja una inconfesada admiración en el comedor y un rico olor a cigarro en la obscuridad del pasillo.

Lo malo, amiga lectora, es que todas las bellas

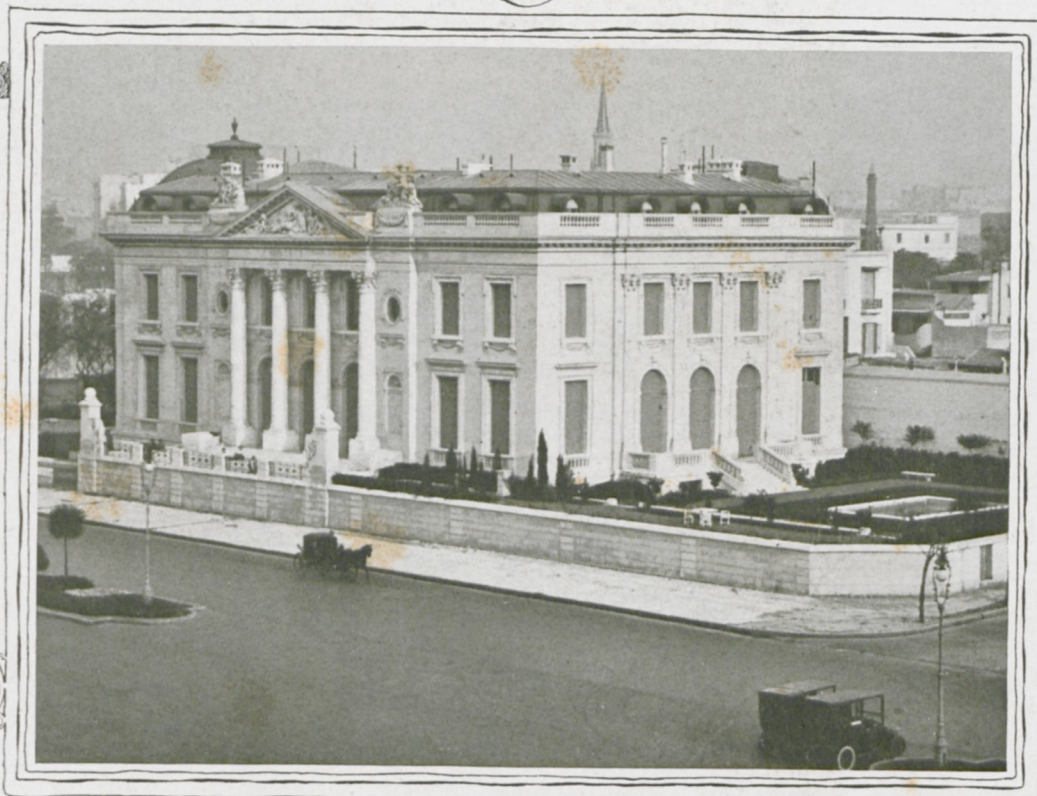


historias que podemos imaginar y desde luego imaginamos para ese distinguido señor, suelen epilogarse de una manera prosaica. Quiero decir que como es ley fatal que lo que no se hace a tiempo y bien, ha de hacerse tarde y mal, ese buen señor suele terminar la historia de su soltería decorativa tomando una resolución espantosa para la

distanciada familia. ¿No sabes? Pues bien; ese señor es el mismo que un buen día, hartos ya de que nadie compadezca sus toses, llama a la doncellita que pone las manos en las cosas de su triste cuarto, y dice, al fin, gravemente:

— Dígame, Adela: ¿ha pensado usted bien lo que le dije ayer tarde?

LA CASA DE ERRAZURIZ-ALVEAR



VISTA EXTERIOR DEL EDIFICIO.

En el centro del jardín, donde los cipreses ponen su gracia gentilica, se levanta la mole blanca del palacio. Es severo y majestuoso. Sus líneas neo-clásicas, alternadas con motivos y adornos del más puro Luis XVI, se inspiran en las construcciones pa-

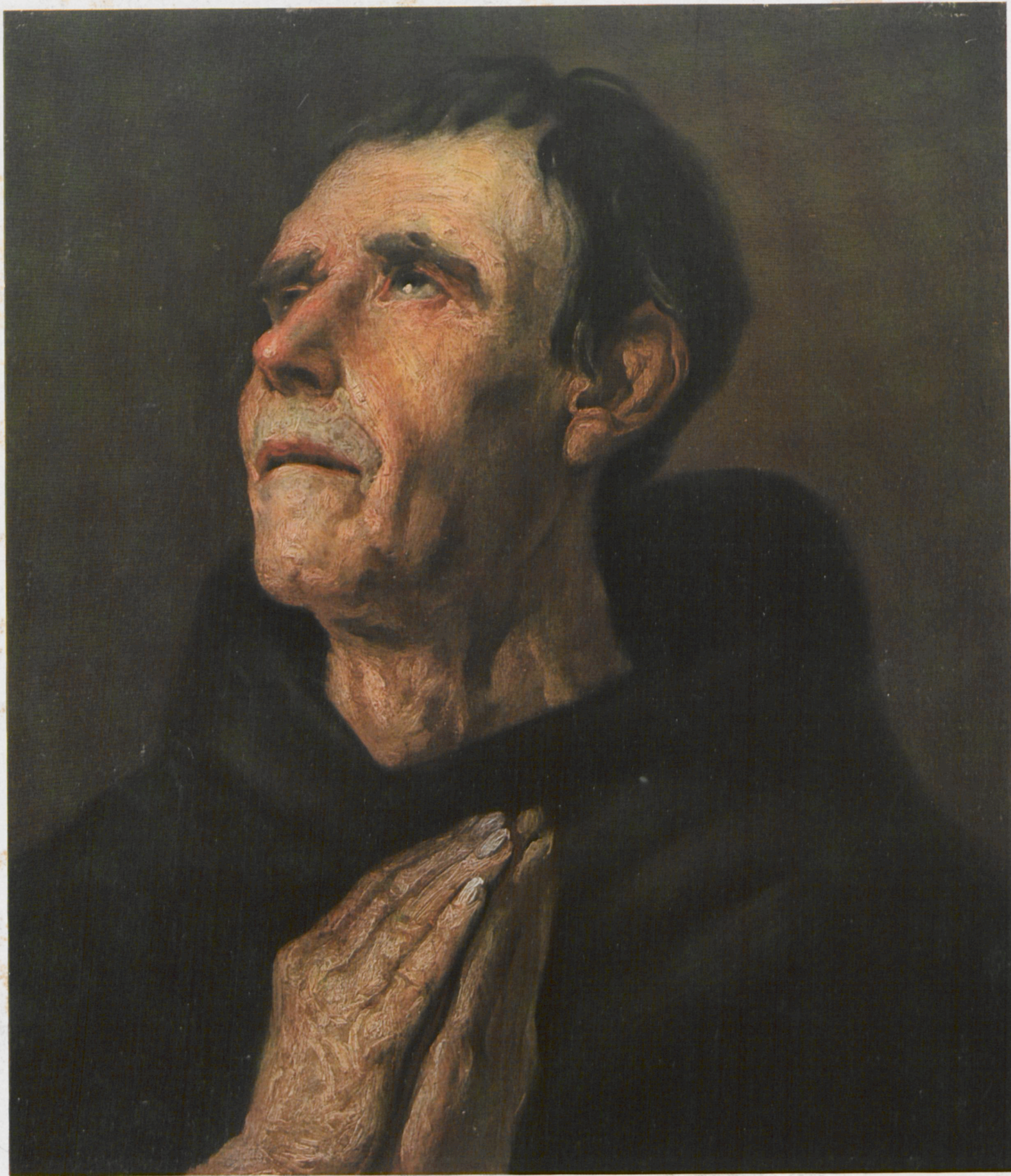
risinas de la vieja corte borbónica. Dos términos de piedra, evocaciones del Versalles galante, embellecen la balaustrada de la gran terraza, abierta sobre la Avenida Alvear.

Viendo en conjunto la suntuosa morada, acude

a nuestra memoria el recuerdo de las edificaciones de columnas existentes en la plaza de la Concordia de París, construidas por Jacobo Angel Gabriel, autor del *château* de Compiègne y de la sala de espectáculos, en la residencia real de



ANTICHAMBRE.



DE LA COLECCIÓN ERRÁZURIZ-ALVEAR.

FRAILE EN ORACIÓN
ÓLEO DE ESCUELA ESPAÑOLA DE AUTOR DESCONOCIDO.





HALL DE ESTILO RENACIMIENTO.

Versalles. Así vemos, que los ventanales, las puertas, y en general todo el frente del moderno edificio, son reproducción de los modelos de este gran arquitecto.

D. Matías Errázuriz y su esposa D.^a Josefina de Alvear, después de residir varios años en Europa y de haberse dedicado con preferencia a la adquisición de antigüedades y objetos artísticos,

encomendaron a Mr. Sargent la construcción de este palacio, que embellece la gran avenida que conduce a los jardines de Palermo.

El escultor Viseaux, encargado a su vez de la dirección artística de la obra, ha reproducido el triángulo del Ministerio de Marina, *Garde meubles* en tiempos de Luis XVI, y las figuras que ornan el frente, en el ángulo de la rue Saint Florantín, representando «Le bonheur publique».

«La cour d'honneur» sirve de pórtico al zaguán, cuyas paredes imitan bloques de piedra patinada, con figuras alegóricas de ninfas y amorcillos, que sirven de complemento a la decoración.

Atravesando la amplia cristalera que cierra el frente de la escalinata, se entra en la *anti-chambre*, cubierta por lujosa *boiserie* de nogal tallado en relieve.



EL COMEDOR.



UNA DE LAS TAPICERÍAS QUE FORMARON LA TIENDA REAL EN LA ISLA DE LOS FAISANES, AL CONCERTARSE EL MATRIMONIO DE LA INFANTA DE ESPAÑA D.^a MARÍA TERESA, CON EL REY LUIS XIV DE FRANCIA.



SALÓN DE BAILE ESTILO REGENCIA.

A los costados de la puerta del fondo, hacen *pendant* dos cuadros de escuela española. Uno es el retrato de D. Carlos II el Hechizado, por Carreño, y otro, de autor desconocido, representa un monje en oración, que por la técnica con que está ejecutado y por la expresión de la figura, hace pensar en el pincel mágico de Velázquez.

Los asientos son de damasco verde, y en la vitrina, colocada al costado de la derecha, hay un antifonario del siglo XVI, con iniciales góticas y escenas atribuidas a Cosimo Roselli, pintor que contribuyó a realzar con su arte los esplendores de la Capilla Sixtina. También se ve una certificación de armas, con su sello de plomo pendiente de hilos de seda, firmada por D.^a Juana de Castilla, madre del emperador Carlos V, expedida en Valladolid el 26 de octubre de 1536.

El escritorio de D. Matías Errázuriz, hállese decorado con recuadros de madera y fondos de terciopelo carmesí.

Junto con algunos cuadros de valor, firmados por célebres artistas, se destaca una hoja de pergamino de Hans Burgkmair, representando la carroza de los tesoros sagrados, del Emperador Maximiliano de Austria.

Formando ángulo con la puerta de entrada, cuya parte interna ofrece la inexplicable y extraña particularidad de ser una biblioteca figurada, llama la atención un mueble con aplicaciones de Coromandel, donde



LA GRAN CHIMENEA DEL HALL.

se muestra una miniatura de la Infanta D.^a Clara Eugenia, Gobernadora de los Países Bajos, pintada por Sánchez Coello, y una custodia española del siglo XVII, con piedras y esmaltes traslúcidos.

Otra vitrina, situada frente a la chimenea, contiene cinco ejemplares, adquiridos en Europa; dos de ellas del siglo XVII, correspondientes a los apellidos de Escobar y Maldonado, y otra del XVIII, que describe la genealogía del Solar de Texada.

Casi contigua al *antichambre*, arranca la escalera de mármol que conduce a las dependencias del piso alto, donde están los aposentos íntimos y gabinetes de confianza. En medio de su variedad, todo guarda una perfecta armonía.

Además del cuarto pompeyano, muy original dentro de su carácter, dejan agradable impresión las saletas siglo XVIII, y la cámara virreinal con muebles coloniales y cuadros de escuela española, entre los que se destaca un crucifijo del Greco.

Todas estas dependencias tienen salida a la galería alta del hall, cuyo único adorno consiste en un bello tapiz de Flandes.

El hall ocupa el centro del edificio; es de magníficas proporciones y su estilo responde, en términos generales, a las normas clásicas del renacimiento. Desde la escalera circular, colocada en uno de los extremos, es desde donde mejor se aprecia la grandiosidad del recinto. Se ve, al



CRISTO CON LA CRUZ
ÓLEO DEL GRECO.

DE LA COLECCIÓN ERRÁZURIZ-ALVEAR.



fondo, la galería de arcos, el balconete con su aji-mez y la reja de hierro, bella reproducción de la que existe en la Casa de los Conchas de Salamanca, presentando la pequeña variante de haber sido substituídas las armas de los Maldonado por el blasón de Alvear y de Errázuriz, que sostienen dos tenantes de piedra.

Sirviendo de centro a los grandes ventanales románicos, avanza la gran chimenea, trabajada en un solo bloque y copiada de un castillo francés.

En el ángulo de la izquierda, resalta la nota cárdena de un viejo arcón de Burgos, sostenido por dos cabezas de endriago, y sobre él, la figura ecuestre del caballero D. Diego de Laneveile, capitán de armas en el virreynato de México.

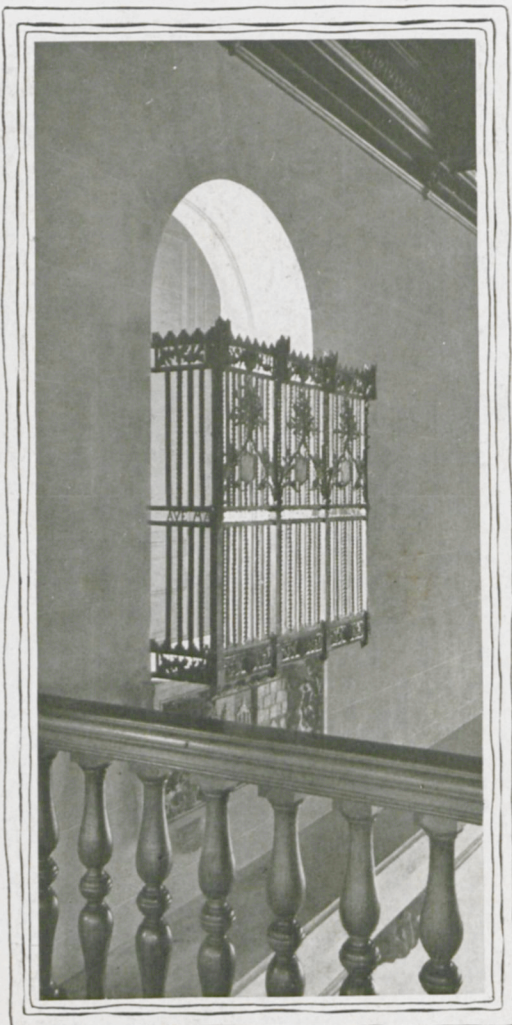
En el otro ángulo, luce un motivo ornamental de gran efecto decorativo: el timbre heráldico del Valle del Baztan con sus escaques o jaqueles, coronado de un yelmo con plumajes, traído de una antigua casona de Navarra.

Entre los innumerables objetos artísticos de distintas épocas y estilos que adornan el hall, se destacan: varias tablas de primitivos castellanos, cuyas figuras predominantes, hechas con un sentido decorativo sobre fondos de oro, tienden más al recreo de la vista que a los sentimientos del espíritu. Las figuras son seráficas, estilizadas, selladas de ese misticismo candoroso, que exhuma exaltación y penitencia.

Una virgen, llena de hieratismo gótico, sacada de Santo Domingo de Silos, y coronando la hornacina, un símbolo feudal de los reales aposentos de D. Martín de Aragón, en el Monasterio de Poblet.

Un grupo de madera estofada, hecho por el célebre artista denominado «La maine coupée», expuesto en la exposición de Gand, y un casco de hierro con cinceladuras y nieladuras de oro que debió pertenecer a uno de los grandes guerreros de la Conquista y que se encontró enterrado en el fundo de Huique (Chile).

En las vitrinas hay una hermosa colección de libros de horas, con delicadas miniaturas de raro mérito, un autógrafo de Santa Teresa de Jesús, objetos cincelados y bruñidos en plata y marfil, y un ejemplar de la segunda parte del Quijote, correspondiente a la primera edición pu-



REJA DE HIERRO FORJADO, REPRODUCCIÓN DE LA QUE EXISTE EN EL PALACIO DE LOS MALDONADOS DE SALAMANCA.

blicada en 1615. Fué propiedad del bibliófilo español Marqués de Casa-Mena.

Dos banderas coloniales, de seda escarlata, figuran al lado de una mesita firmada por Riesener, célebre mueblero de la reina María Antonieta.

También figura en otro de los frentes, el retrato de D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV y de la famosa comedianta María Calderón. La solemne pomposidad de su porte, lo revela como Gran Prior de Castilla, Virrey de Cataluña, Gobernador de Flandes y Vice Regente de Aragón. Aunque el valor artístico de esta pintura no es comparable al de otros cuadros de muy superior mérito, se hace notar por la arrogancia y riqueza de la figura. Viste jubón de raso blanco con mangas abullonadas, calzón de lo mismo con puntillas de Flandes, y entre las áureas joyas, resalta sobre el peto la noble insignia de los caballeros de Malta.

Colocado en su caballete, resalta también una escena de San Francisco, pintada por el Giotto. Esta obra, como todas las del mismo autor, marca la transición entre la materia en reposo y la materia en movimiento. El Giotto fué ante todo original, y señaló nuevos rumbos a la pintura, siendo el verdadero precursor de la escuela florentina. Con un sentido elevado del arte, consiguió humanizar la figura, dando dulzura al trazado y armonía al colorido. Este cuadro fué uno de los que pintó el Giotto para el convento de los franciscanos de Asís, circunstancia por la cual se ha salvado a través de los siglos.

Apesar de ser tan importante todo lo descrito, la verdadera joya del palacio son los tres grandes tapices que decoran los muros del hall, mandados tejer por el Marqués de Spínola según modelos del pintor Julio Romano.

Formaban parte de la serie denominada «Los triunfos de Scipión» y representan «La gran batalla», «El banquete» y «La continencia».

Con estos tapices se formó la tienda real en la Isla de los Faisanes, en el encuentro de Felipe IV de España y de Luis XIV de Francia, al concertarse los desposorios de la Infanta D.^a María Teresa de Austria con el citado Luis XIV. Acompañaban al rey Felipe IV, D. Agustín de Spínola, Gentil hombre de Cámara de S. M. y poseedor de estos tapices, y el pintor D. Diego Velázquez



SALÓN DE RECIBO.

de Silva, que iba como Aposentador Mayor de los Reales Palacios.

Los tapices, pertenecientes a la Casa de Spinola, recayeron por vínculo del mayorazgo de los Balbases en el Marqués de Alcañices, Duque de Sexto, siendo adquiridos a su muerte por el actual propietario.

El comedor es otra de las habitaciones principales; ocupa el frente norte del edificio, con puertas de salida a la terraza del jardín. Su decoración, de mármol rosado, estilo Luis XIV, es completada por dos hermosos cuadros pintados por Deux, uno de los cuales representa la caza del jabalí y otro la del ciervo. Estos cuadros fueron propiedad del Embajador, Duque de Osuna, y figuraron en el palacio de las Vistillas de Madrid.

El tono azul de los sillones, forma lindo contraste con las quimeras chinas que se ven sobre la saliente del zócalo, junto con algunas piezas de plata bruñida. Un magnífico biombo de coromandel, policromado en negro, oculta la puerta del office.

En el jardín de invierno, separado del comedor por ancha mampara de cristales, hay dos grandes dragones de porcelana china, época de Ming, esmaltados de amarillo y sinople. Aunque de menor tamaño, estos dragones son algo parecidos a los que existen en la residencia de Ning Pó, y son doblemente valiosos, por el perfecto estado de conservación en que se hallan.

La sala de recibo, como todas las anteriores, es asimismo interesante por la riqueza de sus muebles, todos antiguos, y lo selecto de sus obras de arte. Al penetrar en él, pensamos en el salón quimérico de la princesa Gaetani, «aquel salón dorado y de un gusto francés femenino y lujoso».

La *boiserie*, firmada por Gabriel, fué hecha en tiempos de Luis XVI para uno de los palacios de la rue Royal de París.

En una vitrina de chaflán, iluminada por reflejo, se guardan preciosas porcelanas de Sevres y de jade, vasos de cristal de Venecia y otros pequeños *bibels*, mereciendo recordarse una linda miniatura de la emperatriz Josefina, primera esposa de Napoleón, con autógrafo y dedicatoria a una de sus damas de compañía.

Distribuidos en círculo, hay algunos sillones y un canapé firmados por Jacob; también hay una cómoda de carey con incrustaciones de bronce, que perteneció al rey Luis XVI, siendo Delfín de Francia. Otro mueble, colocado junto a la chimenea, lleva las firmas de Sonnier y Delafause, célebres artistas del siglo XVIII. En las paredes, de entonación opaca, hay telas de Sargent, Bellotto, Fantin Latour, Sorolla y Corolus Duran, destacándose el interesante retrato de una dama inglesa, de autor desconocido.

El precursor de la escuela impresionista, Victor Eugenio Delacroix, decorador del salón del rey en el palacio



IMAGEN GÓTICA DE GRAN MÉRITO, Y PIEDRA DE ARMAS DEL MONASTERIO DE POBLET.

Borbón y de la Galería de Apolo en el Louvre, hállese representado con una pequeña obra que se distingue por la energía de los movimientos, el valor cromático de la pintura y la intensidad dramática de la escena. Representa el desafío entre el Conde de Montgomery y el Rey Enrique II de Francia.

El Cristo con la Cruz, óleo de Doménico Theotocopuli, el Greco, es otra de las joyas artísticas que enriquecen el salón de recibo. Puesto en el sitio preferente, para hacer destacar sus valores, la divina figura se nos muestra con la frente coronada de espinas, el sagrado madero sobre los hombros descarnados, y los labios entreabiertos en un rictus de consolación y de súplica... El Greco se descubre en esta obra, compañera de otra igual que se conserva en el Museo del Prado, como el gran pintor que supo transmitir a la posteridad su misterioso dualismo, estilizando hasta la espiritualidad y dejando la más sublime sensación de aquella época, trágica de ardiente fe, en cada uno de sus ignotos personajes.

El cuadro que nos ocupa, procedente del Museo de Munich, donde lo tenía expuesto su anterior propietario Mr. Marzell de Nemes, mereció la atención profunda de los críticos de arte, principalmente del erudito Mayer, quien le consagró en una de sus obras los más entusiastas elogios.

Al fondo del salón, entre la chimenea y la vitrina chaflanada, yérguese el magnífico grupo de Augusto Rodin, denominado «Le baiser». El glorioso escultor, fallecido recientemente, hizo varios trabajos de la misma índole, destinados a dar expresión plástica al amor...

En esta obra genial, donde los dos cuerpos aparecen unidos en un abandono de gracia sutilísima, el detalle anatómico pasa a ser cosa secundaria, dejando ver en toda su pureza el movimiento de la línea, que se ondula maravillosamente, como si el mármol hubiese tomado la agilidad y la ternura de la carne misma.

Todo el frente de la terraza que da sobre la Avenida Alvear, está ocupado por el Salón de Baile, estilo Regence, deslumbrante por el lujo y exquisita elegancia de su composición.

Las aristocráticas arañas de cristal, penden de la techumbre blanca. Blancas son también las paredes, adornadas con espejos, brazos de luz y ornamentaciones de oro patinado.

Las altas lunas de bisel, dando profundidad al recinto, reflejan suavemente la claridad velada, que se transparenta por los pálidos cortinajes de seda.

Este salón, del más refinado buen gusto, evoca por su ambiente característico, aquella época suntuosa en que la corte de París ostentaba los esplendores decadentes de la Regencia, en la menor edad del rey Luis XV.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.



GRUPO ESCULTÓRICO EN MADERA, DEBIDO AL ARTE FRANCÉS DEL SIGLO XV.



YELMO DE LA CONQUISTA, ENCONTRADO EN UN FUNDO DE CHILE.



«LE BAISER». MAGNÍFICO GRUPO EN MÁRMOL, ORIGINAL DE AUGUSTO RODIN.



PROPIEDAD DE DON JOSÉ BLANCO CASARIEGO.

GENTE DE MAR
ÓLEO DE BENEDITO



NARRACIONES
COLONIALES.Una
NOCHE
MEMORABLE

POR

B. J. MALLOL

DIBUJO DE FORTUNY.



En la mañana del 3 de julio de 1767, en una de las habitaciones que en el Fuerte de Buenos Aires ocupaba el Gobernador y a despacho destinada, sentados en dos sillones fraileros de ancha cadera y alto espaldar, sobre cojines y los pies apoyados en la tarima de un brasero de trabajado cobre de Chile, platicaban dos graves personajes. La luz tamizada, que dejaban penetrar los cortinones, permitía distinguir el severo mobiliario: rica alcatifa turca al pie del sofá, tapices flamencos en las paredes, sillería de jacarandá y damasco rojo, amplio bufete, con su tabla de tintero y salvadera de plata, taraceado bargueño de múltiples gavetas y reloj de campana; para luminaria, una araña de caireles, dos cornucopias y candelabros de plata. En el testero del salón el retrato de S. M. Carlos III.

De los dos personajes, el de baja estatura y enflaquecido rostro era Su Señoría don Francisco Bucareli, Gobernador de Buenos Aires. El traje talar, el pectoral y simbólico anillo, señalaban al otro como Su Ilustrísima don Manuel Antonio Latorre, Obispo de Buenos Aires. De tanta importancia sería la conferencia, que tenía lugar a cerrojo corrido, según lo que duraba, mientras en antecorredores esperaban órdenes el secretario Berlinga y los capitanes González, Azcuénaga y Espinosa.

No podían pasar inadvertidos en la pequeña ciudad los extraños sucesos que de un tiempo atrás acaecían, alterando la modorra y plácido vivir de sus vecinos. Fué notada primero la llegada del pailebot «El Príncipe», arribado a Buenos Aires el 31 de mayo, que trajera de España pliegos para Bucareli, de cuyo contenido nadie hubo noticia. Entre la gente corrillera y en las tertulias de las tiendas de mercaderías, se comentaba la partida de chasques, con gran reserva mandados a las ciudades del interior, no faltando quien dijérase sabedor, de que a Chile también partiera uno, a pesar del tiempo riguroso en nieves. El fisco

llegó al colmo, cuando se supo el arribo de Montevideo, de dos compañías de Granaderos del Regimiento de Mallorca, que acuartelaron en el Fuerte. Al ojo avizor de la gente de ribera, no escapó tampoco el hecho de encontrarse ancorado en el puerto un número inacostumbrado de naves de guerra y de transporte, a la espera de órdenes del Gobernador. Cosas todas que traían desasosados y alborotados a los pacíficos moradores.

Los pliegos que «El Príncipe» trajera para Bucareli eran una Real Cédula y cartas, con la estúpida orden de proceder a la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús y ocupación de sus bienes y haciendas, en España e Indias; con explicaciones del Conde de Aranda detallando con minucia el modo y forma de proceder; todo bajo la más estricta reserva, para que noticia de ello no arribara a los amenazados.

No fué lerdito en proceder Bucareli, aunque escollando al principio en la parvedad de fondos, pues según manifestó «los menguados caudales de las cajas a tanto no alcanzaban»; mas remedió el aprieto tomando dinero a crédito. Mandó chasques transmitiendo las órdenes de la Corte, a Chile, Charcas, Paraguay y Montevideo; no sencillo trabajo al parecer, según dice en sus cartas, «harto tuve que bregar para encontrar sujetos de confianza en quienes confiarme, que la influencia de los jesuitas es tan poderosa y extendida que ardua tarea es luchar con ella». Allegó fuerzas, impartió órdenes y bien amañado todo, señaló el 21 de julio para proceder.

Un no previsto suceso vino casi a desbaratar la máquina de tantas jornadas de labor, obligándolo a adelantar la fecha de ejecución. Fué ello el recibir en la noche del día 2, la impensada nueva de haber arribado a Montevideo, procedente de Cádiz, el bergantín «El Andalúz», y saberse allí por parlerías de los tripulantes, que la expulsión de los jesuitas había tenido lugar en España,

dos meses antes. En el temor de que llegase a los oídos de los jesuitas de Buenos Aires lo acaecido y se previnieran, mandábase a Bucareli el aviso, para adelantar la fecha de proceder. Ante tal conflicto resolvió Bucareli obrar de inmediato esa misma noche, olvidando que difícil era que no se hubieran percatado los Padres de lo que se tramaba.

La tormenta que amagaba desde el atardecer descargó violenta a la noche. Los negros nubarrones que avanzaban acantaleando con furia, deshicieron en violenta catarata. Con fustazos de agua azotaba impetuoso el viento las paredes, hacía danzar las tejas de los techos, penetraba con pavorosos silbidos por las rendijas de las ventanas, aventaba las pajizas techumbres de los ranchos, derrumbaba tapias, levantaba en las calles turbios remolinos de agua y barro y descepaba en los arrabales añosos algarrobos. Medrosos los vecinos, que más pudo el miedo que la curiosidad, guarecieron en sus casas antes del toque de oraciones, atrancando las puertas, encendiendo candelas benditas a santas imágenes e invocando con fervor a Santa Bárbara a cada retumbo del trueno. Rezóse con inusitada devoción el cotidiano rosario; la monótona cantinela del rezo, acompañábase con el cadencioso rumor del agua, que caía en los tejados, se deslizaba por los canalones, borbotaba en las tinajas, de donde rebalsaba corriendo por los patios, para salir espumante por el angosto arbollón. El mujerío, sentado en cuclillas sobre esteras, apretaba contra el pecho la cruz de los rosarios, jesusando de espanto, cada vez que la luz de un relámpago iluminaba los aposentos.

A pesar del temporal y en lo más recio de la lluvia, salieron del Fuerte dos compañías de granaderos; una a las órdenes de Berlinga se dirigió al Colegio Grande de los Jesuitas, cuya manzana rodeó; la otra mandada por el sargento Mayor González marchó al Colegio de la Residencia, en

el Barrio del Alto. Golpeó Berlenga en el portón de entrada que fué prontamente abierto, penetrando en el Colegio, seguido de sus granaderos que puso de guardia. A toque de campana ordenó reunirse la comunidad, orden inoficiosa, que ya reunida estaba en el refectorio, rodeando al Rector, cada cual con su breviario y su atillo de ropa, lo que bien demostró que harto prevenidos estaban de lo que iba a suceder. De pie y destocado dió Berlenga lectura de la pragmática de extrañamiento de los Padres, intimando su acato, contestando el Rector que la comunidad acataba y cumplía con respeto la orden de S. M. Terminado que fué su cometido, dispuso Berlenga el traslado de los Padres a la Casa de ejercicios del arrabal, donde debían quedar bajo severa vigilancia a la espera de su embarque. Igual se procedió con los ocho jesuitas del Colegio de Belén, en el Alto.

Antes del alba cesó la lluvia; fuerte viento pampero barrió las nubes empujándolas en vertiginosa carrera. Al salir el sol el cielo estaba despejado. Corría el agua como riada por las calles, en las carriladas que dejaban las pesadas ruedas de las carretas, formando extensos aguazales en los bajos; en el zanjón de Matorras y en el de Viera venía con tal fuerza, que arrastrado había el Puente de los Granados, y tan desbordada, que sólo a caballo se podía esguazar sin peligro. Salieron madrugeros de sus casas los vecinos, acuciados por la curiosidad, sin temor al viento, frío y fuerte, que azotaba las capas y sayas, arremolinaba mantos y rebecillos y hacía volar los aludos sombreros. Era de ver y de admirar la destreza con que las mujeres saltaban el lodazal, sin ensuciar sus chapinas y sin mostrar más que el arranque de la torneada pierna.

En los portales del Cabildo, tendejones de mercar, pulperías, canchas de bolos y en calles y plazuelas, formábanse corrillos, interrogándose ansiosa la gente, escudriñándose los semblantes, a la busca de positivas noticias. Codeábase la gente de señorío con la chusma; graves frailes prestaban oreja a las parlerías, sin tomar parte en ellas; gárrulas mulatas con vocingleras voces y agitadas ademanes ensartaban ristas de disparates, mechando mentiras con su mendacidad acostumbrada. Pero donde gran suma de gente se allegó y donde más se discutió, con mayores veras en las informaciones, fué en la botillería de Pelegrín, el café de los Trucos y la botica de Marull.

La tienda de herbolario y botica de Marull estaba situada frente a San Ignacio, en el ángulo de las calles San Carlos y Santísima Trinidad. Formaba parte de un vasto caserón de antigua fábrica, en cuya esquina el salón de mercar tenía su entrada, dividida en dos por un recio pilar de algarrobo. Al penetrar, lo primero que se destacaba en la penumbra, en una hornacina del muro y con candileja siempre encendida, era un San Francisco, de indígena talla, que nombre daba a la botica. Colgaban del techo en manojos, hierbas medicinales: cepacaballo, guaribay, aruera mansa, capicati, molle, y, alineados en los anaqueles con marbetes en espantable latín, tarros, frascos, potes y redomas, encerrando la sencilla farmacopea de la época: ungüento simple, de estoraque, basilicón; emplastos manus-dei, aquilón gomado, confortativo; bálsamo católico, misionero; polvos de jalape y juanes; miel rosada, madreperla, coral rubio, agua de rosas, de la reina. Sobre el viejo mostrador, un pote de vidrio con viscosas

sanguijuelas, un luciente perol, una marmita y un almirez con su mano.

En aquel sitio de reunión y mentidero de la gente de distinción de Buenos Aires había gran concurso de personas calificadas. Allí estaban entre otros, los alcaldes Martín Riglos y Juan de Lezica, los regidores Lerdo de Tejada, Basavilbaso y Ramos Mexía, los comerciantes Domingo Belgrano, Ignacio de Irigoyen y Martín de Sarratea, el escribano Boiso, más conocido por «siete pelos» y tantos otros que mañaneros habían acudido. Sentados estaban cabe el encendido brasero, abrigados con sus capas, que eran todos gentes friolengas y el salón húmedo. Circulaba de mano en mano la caja de rapé y el amargo cimarrón, que presuroso acarrearba el negrilla, quien de tiempo en tiempo, con un largo atizador hurgaba la lumbré, donde cantaba en su hervor el agua para el mate.

Comentábase con gran pasión el suceso del día. Amigos y enemigos de los jesuitas terciaban en la polémica despachándose a su placer según su partidismo. Mansilla el regidor, defendía la expulsión; Lerdo de Tejada la criticaba, furiosamente y en altas voces.—Es mengua, para nosotros caballeros y para la ciudad, lo ocurrido anoche; antaño eclesiásticos y ancianos, respeto merecían; hogaño, bajo torrencial lluvia son sacados de sus celdas a altas horas de la noche y cual malhechores conducidos entre soldados.—Oficio desempeñaron éstos más propio de corchetes y sayones,—interrumpió Pedro Medrano, el que fué secretario de Ceballos. Con mesurada voz hizo Riglos la defensa de los jesuitas; relatando sus trabajos en las Misiones del Paraguay, que defendieron siempre con tenaz porfía de los avances del Portugal; la ayuda prestada a los indígenas, cazados como bestias por los mamelucos paulistas en sus malocas; historió el calamitoso «Convenio de Permuta» y la intervención jesuítica que les trajo la ojeriza de la Corte, cuando en la guerra guaranítica se pusieron de parte de los indios.—¡Válgame Dios!—exclamó Viana, reconocido enemigo de los ceballistas,—buen argumento aduce su merced para defender a los jesuitas. La oposición a las reales órdenes huele a sedición contra el Monarca y más merece castigo que alabanza. Y al ver el gesto de enojo de su contrincante, agregó con sorna: Barrunto que su adhesión a Ceballos truécalle las ideas.

Hízose un largo silencio, mas presto volvieron empeñosos al tópico de actualidad, hablando todos a la vez, desfogando sus enojos, según su pasión banderiza, y barajando con poco respeto y demasía de lenguaje nombres, como el del Marqués de Ponal y del Conde de Aranda. Escalada enfurecido trajo a colación la obra, como arquitectos,

de los jesuitas Primoli y Bianchi, que dirigieron la fábrica de las iglesias de San Ignacio, San Francisco, La Merced y Recoletos. Basavilbaso vituperaba el gobierno autocrático de los jesuitas en las Misiones, «donde los indígenas viven, decía, bajo su dominio absoluto, pues son a la vez jueces, maestros, sacerdotes y dueños de aquellos pueblos».

En el ardor de la discusión no faltó alguno más osado, que atribuyera a los Padres de la Compañía la inspiración del sedicioso folleto de Miguel de Rocha, que se había atrevido a aseverar «que el Rey de Castilla no es verdadero dueño de América» y aún llegado a decir en pleno Cabildo «que no tiene derecho a cobrar alcabalas». Al entrar la discusión en tan vedados caminos y arriesgadas ideas, que en público estigmatizaban, pero que, para su sayo, los más aprobaban, fueron los timoratos prudentemente abandonando el salón, simulando indiferencia. Aunque el discutir siguió algún tiempo, acatarrados de tanto hablar y llegada la hora del yantar, retiróse luego el resto de la concurrencia y tras muchas reverencias, terciaron sus capas, siguiendo aún en las calles el reñido tema.

Poco tiempo después fueron embarcados para Italia los Padres de la Compañía, en el paquebot «El Príncipe», navío «El Diamante», fragata de guerra «La Venus» y de registros «San Esteban» y «San Fernando», chambequín «El Andaluz», saetia «El Pájaro» y galera «La Esperanza».

Sufrieron los expulsados molestias, trajines y quebrantos con tan maravillosa mansedumbre, que hizo decir al historiador Lafuente «mérito grande si fué virtud y no careció de él si fué disimulo».

Entre los expulsados figuraban hombres eminentes e ilustrados. De los criollos merecen recordación: Gaspar Juárez, tucumano, autor de una notable Historia Natural; el riojano Camaño, distinguido geógrafo; el santafesino Iturri, que publicó la «Historia Civil del Río de la Plata», y entre los peninsulares descollaban: Quiroga, más navegante que eclesiástico, primero que levantó mapas de las costas del Mar del Sur; Jolis, que hizo la descripción del Chaco; Muriel, filósofo de alto vuelo y avanzadas ideas para su época; Sánchez Labrador, que describió las regiones del Plata; Peramás, narrador elocuente de las vidas de los misioneros en las selvas paraguayas; Guevara, el cronista que escribiera la tan conocida «Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán». También es del caso citar al inglés Falkner, llamado por los españoles Falconer, cuyo libro «Descripción de la Patagonia» dió lugar más tarde, con uno de sus párrafos, a las más antojadizas interpretaciones.



EL ALCALDE de STILMONDE

DRAMA EN TRES ACTOS DE MAURICE MAETERLINCK



PERSONAJES

CIRILO VAN BELLE, Alcalde de Stilmonde, 60 años.
ISABEL (Belle), su hija, 23.
FLORIS, su hijo, 14.
TENIENTE OTTO HILMER, casado con Isabel, 32.
COMANDANTE BARÓN VON ROCHOW, 45.
TENIENTE KARL VON SCHAUMBER, 28.
OBRERO KLAUS, 63.
JUAN GILSON, 30.
EL SECRETARIO DEL AYUNTAMIENTO, 45.
UN CRIADO.
UN SARGENTO Y UN SOLDADO ALEMANES.

La escena en Stilmonde, pueblo de Flandes.

El primer acto comienza a las diez de la mañana y termina a mediodía; el segundo, a las dos y acaba a las cuatro; el tercero, a las cinco y concluye a las siete del mismo día. Época: fines de agosto de 1914.

ACTO PRIMERO

Salón en la casa del alcalde, que sirve de despacho y de laboratorio hortícola, confortable y bien amueblado: sillones de cuero, estante-biblioteca, mesa grande llena de papeles, de búcaros con flores y cestos con frutas. En los primeros orquídeas y algunas plantas, y en los segundos melocotones, ciruelas y racimos de uvas. En los rincones útiles de jardinería, pulverizadores, regaderas, alambiques, etc. En el fondo puertas de un balcón y a la derecha puerta de entrada.

ESCENA I

(Al levantarse el telón, el Secretario escribe en un lado de la mesa. Entra por la derecha Juan Gilson, con traje de paisano que le sienta muy mal, conociéndose que no es suyo. Lleva el brazo derecho en cabestrillo.)

GILSON. — Buenos días, señor Secretario.
SECRETARIO. — Buenos días. ¿Qué deseaba usted?

GILSON (aproximándose). — ¿Pero no me conoces?

SECRETARIO. — ¡Toma! ¿Eres tú Juan? ¡Lo menos que me esperaba! ¿De dónde vienes?... ¿Estás herido?...

JUAN. — Sí... una bala en el brazo... me la regalaron en las cercanías de Aerschot. Me llevaron a Winkel, pero ayer lo ocuparon los alemanes. Y como podía caminar, no esperé a que me agarraran. Me disfrazaron con estas prendas, escurri el bulto, pasé la noche oculto en un foso, y después de tres horas de marcha a campo traviesa, aquí me tienes en Stilmonde, de donde pienso salir cuanto antes a unirme a mi regimiento, que debe encontrarse del lado de Overloop...

SECRETARIO. — Estás muy fatigado... ¿Te duele el brazo?... Además, estás calado...

JUAN. — Esto no es nada, o mejor dicho... no era nada... Pero ahora parece que quiere fastidiarme.

SECRETARIO. — Es el cansancio. Necesitas descanso y que te curen. Ya encontraremos una buena cama, sea en mi casa, sea aquí, que es el albergue de todos los que sufren.

JUAN. — Ni descanso ni cama... Dentro de muy poco estarán aquí.

SECRETARIO. — ¿Quiénes?

JUAN. — Los alemanes... Todos los caminos están llenos de hulanos y detrás viene el grueso de la tropa.

SECRETARIO. — ¡Imposible!... Nosotros no sabemos nada; todas las comunicaciones están cortadas...

JUAN. — ¿Dónde está el Alcalde?

SECRETARIO. — Le estoy esperando. Está en uno de sus emparrados. Parece que la tormenta de esta noche ha causado daños... El criado fué a buscarle y llegará al instante. ¿Tienes que hablarle?

JUAN. — Sencillamente recomendarle de parte del Alcalde de Winkel que sea prudente y, sobre todo, que no se encuentren armas en el pueblo.

SECRETARIO. — Todas las precauciones están tomadas y todas las armas, hasta las de las panoplias, recogidas en un salón del Ayuntamiento del cual tengo la llave. ¿De modo que están en Winkel?

JUAN. — Sí; trescientos o cuatrocientos... Y a lo que se dice, están mandados por el yerno del Alcalde.

SECRETARIO. — ¿De qué Alcalde?

JUAN. — De éste; del de Stilmonde.

SECRETARIO. — ¿Por Otto Hilmer? ¡Imposible!

JUAN. — Justamente... Ese creo que es su nombre... el teniente Hilmer. ¿De modo que es cierto?... No quería creerlo... ¿Su hija se casó con un alemán?

SECRETARIO. — Sí... ¿Por qué no? Los alemanes no tienen muchas simpatías por aquí, pero después de todo no nos hacían daño... al contrario. Eso se hizo antes de la

antes conocía a la familia Hilmer y se hospedaba en casa de los padres de Otto siempre que iba a Colonia.

JUAN. — Son ricos los Hil... ¿Cómo se llaman?

SECRETARIO. — Los Hilmer. Son dueños de una gran fábrica de máquinas y aparatos eléctricos de la Prusia Renana. Pues bien: como el joven Hilmer sólo deseaba estudiar el cultivo de las orquídeas y de las uvas de invernadero, especialidad de la antigua casa van Belle y Compañía, y como el chico del Alcalde tenía pasión por la electricidad, hubo un cambio de hijos. Floris fué allá y Otto vino aquí.

JUAN. — Hace mucho tiempo.

SECRETARIO. — Hace cerca de dos años.

JUAN. — ¿Y dónde está el joven van Belle?

SECRETARIO. — Fué sorprendido allí por la declaración de guerra, pero circula el rumor de que ha conseguido escaparse. No hay noticias exactas y estamos inquietos.

JUAN. — Y el otro... ¿cómo pudo pasar a Alemania?

SECRETARIO. — No sé cómo... pero debieron avisarle secretamente. Lo cierto es que nos abandonó bruscamente hacia fines de julio, con el pretexto de que su madre estaba enferma...



guerra, cuando nada podía suponerse. Afortunadamente para ella, la señora del Alcalde había muerto; viva no hubiera consentido en ese matrimonio porque no era afecto a los prusianos... ¡Y si viera lo que hacen hoy! Pero el Alcalde se va a quedar atónito. ¿Acaso piensa Hilmer venir por aquí?

JUAN. — En efecto... Así se lo ha dicho al Alcalde de Winkel. ¿Pero cómo se hizo ese casamiento?

SECRETARIO. — Como la cosa más natural del mundo. ¿Quién podía imaginar que los alemanes iban a atropellarnos y a cometer los horrores que se cuentan, si es que son verdaderos?...

JUAN. — Y tan verdaderos... Se cuenta menos de lo que hacen.

SECRETARIO. — Es posible... pero nadie lo hubiera pensado. Hay que saber que el señor van Belle, nuestro Alcalde, iba frecuentemente a Alemania para sus negocios. Se le distinguía y era muy festejado. En Colonia había sido nombrado presidente de todas las sociedades hortícolas de la región. De mucho

JUAN. — Nueva prueba de que sabían lo que se preparaba y que el golpe estaba decidido desde larga fecha. Pero estando al corriente debió prevenir a su suegro y sobre todo a su cuñado.

SECRETARIO. — ¿Qué quieres? Esas gentes no son como nosotros.

JUAN. — O mejor aún: nosotros no somos como ellos... felizmente para nosotros... ¿Y hace tiempo que se casaron?

SECRETARIO. — Unos seis meses.

JUAN. — ¿Eran felices?

SECRETARIO. — Se adoraban. Preciso es hacer justicia a Otto. Es un buen muchacho, cortés, servicial, trabajador, inteligente y carece de orgullo. Sobre todo, nada hay que reprocharle...

JUAN. — Excepto que es alemán... y ya es bastante... Y, su mujer... ¿cómo ha tomado las cosas?

SECRETARIO. — Evidentemente la ha quebrantado la sorpresa y ello es más peligroso cuanto que parece que en estos momentos... ¿Comprendes? Pero aún no se sabe de cierto. Está inquieta, triste... pero no

dice nada... No fué nunca muy expansiva.

JUAN. — Pero él ha debido prevenirla... prepararla. Debía estar enterada de lo que se tramaba...

SECRETARIO. — No sé nada... Jamás me ha hecho confidencia alguna...

JUAN. — Y el Alcalde, ¿qué dice?...

SECRETARIO. — Está desconcertado... Primero experimentó una sacudida como si le hubiese caído un rayo... No quería creer... Después estuvo furioso, indignado, consternado. Al fin, como siempre ha sido muy optimista, se repuso algo. Ahora está calmado y comienza a pensar que todo se arreglará rápidamente... Pero helo aquí...

(Entra el Alcalde, con un canastillo de admirables uvas.)

ESCENA II

LOS MISMOS. EL ALCALDE

SECRETARIO (levantándose). — Buenos días, señor Alcalde.

ALCALDE. — Buenos días, Cirilo. ¿Cómo vamos?

SECRETARIO. — Lo mejor que es posible cuando se ha trabajado toda la noche.

ALCALDE. — ¿Está todo en regla en el Ayuntamiento?

SECRETARIO. — Todo, señor Alcalde. Se han depositado todas las armas, que he clasificado dando recibos. Pero permítame usted que le presente a mi antiguo amigo Juan Gilson, herido en Aerschot. Fué atendido en Winkel, donde los alemanes entraron ayer y de donde ha podido escaparse esta noche. (Los dos se dan la mano.)

ALCALDE. — ¿Estuvo usted en Eterschot?

JUAN. — Era sargento del batallón de carabineros encargado de cubrir la retirada.

ALCALDE. — La cosa fué dura.

JUAN. — Muy dura. Allí se quedaron dos tercios del batallón. Y luego... siempre lo mismo... uno contra diez y sin artillería... Nos sostuvimos cuanto pudimos... pero fué preciso replegarse.

ALCALDE. — Pero usted está muy fatigado y además debe morirse de hambre... Cirilo, amigo mío, ¿dónde tiene usted la cabeza? Espere, voy a dar mis órdenes. (Llama y entra el criado.) Fermín, traiga usted un trozo de ternera, fiambre, pan, manteca, huevos, queso y alguna compota... ¿Hay más?

CRIADO. — Hay pollo... jamón...

ALCALDE. — Pues de todo. ¡Ah! y para beber... (A Juan.) ¿Qué prefiere usted? Tengo un Rudesheim excelente y un Oporto de 1882... Lo mejor será que traiga los dos. No faltará quien le ayude... ¿No es cierto, Secretario? Eso menos se beberán los alemanes... Y no serán las frutas las que faltan... Fíjese en esas (señala las de la mesa) y sobre todo en estos racimos que he traído... ¡Incomparables! Es un triunfo mío. Una variedad que he logrado obtener a fuerza de paciencia y de ensayos entre un híbrido de Alicante, soberbio de presencia pero algo insípido, y un moscatel de Sicilia, desmirriado pero delicioso. Estas reúnen las buenas cualidades de ambas especies y ninguno de los defectos. Crujen y se deshacen entre los dientes. Diríase que son un sorbo de Frontignan en una ampolla de hielo. Dentro de cinco años podré arrojar sobre el mercado más de 2.000 kilos por semana... Usted las estre-





na... ¿De modo que están ya en Winkel?
JUAN. — Sí, señor Alcalde... Y estarán aquí esta misma mañana... Les precedo de muy poco...

SECRETARIO. — Me acaba de decir Juan que los manda Otto Hilmer.

ALCALDE. — ¿Cómo? ¿Otto? ¡Imposible! ¿Se lo han dicho? ¿Lo ha visto usted?

JUAN. — No lo he visto, pero me lo han dicho. Había tres jefes en Winkel: un comandante y dos tenientes; uno de éstos era Otto Hilmer. Según parece vendrá a ocupar Stilmonde con un destacamento del 63.º de línea.

ALCALDE. — En efecto; era teniente de la reserva... Es inaudito que se haya atrevido. Pero, no; en realidad tiene razón. Ha hecho bien y así arreglará el asunto de modo que no tengamos que quejarnos... Es curioso... He aquí a mi yerno que entra en mi casa como conquistador con casco y el sable en la mano, después de haber violado la frontera de su patria de adopción... En fin... es la guerra y no es culpa suya. El no es responsable y no hace lo que quiere... Mejor para nosotros... mientras esté aquí nada tendremos que temer... ¿Y cuáles son los otros jefes?

JUAN. — Un comandante, cuyo nombre no recuerdo, que no es malo, según se dice, y un teniente, un prusiano auténtico, un aguilucho feroz detestado de sus hombres a los que maltrata como a perros...

ALCALDE. — ¿Cómo se conducen en Winkel? ¿Han hecho daño?

JUAN. — Hasta mi salida, ninguno; han tomado como rehenes al Alcalde, al cura y al notario y han declarado que los fusilarán si suena un tiro en el pueblo.

ALCALDE. — Nada harán, gracias a Otto. Es un buen chico incapaz de hacer mal a una mosca. Desde luego han debido exagerarse sus tropelías... Al fin no son salvajes.

JUAN. — Perdón, señor Alcalde: no se ha exagerado y sólo se conoce una parte de la verdad. Lo que han hecho en Andene, en Dinant, en Lovaina, en Aerschot y en otros pueblos por donde han pasado es espantoso. Hablo sólo de lo que conozco por mí mismo y de lo que de Lovaina y Dinant me han referido dos camaradas que lo presenciaron; en Lovaina ejecutaron 210 inocentes y de ellos 24 mujeres y 14 niños; en Dinant hubo 610 víctimas, entre las cuales 39 niños y 21 mujeres; en Aerschot, entre otros ciudadanos completamente inofensivos, han fusilado al Alcalde y a su hijo de quince años...

ALCALDE. — ¿Pero es verdad que lo han fusilado? No lo crea... ¿Y por qué?

JUAN. — Una bala perdida, disparada por uno de sus hombres, mató a un coronel.

ALCALDE. — ¡Diablo! ¡Pues son peligrosos! Pero en fin, será necesario comprobar todo eso. (Entra el criado.) Bueno, aquí está Fermín que trae los víveres. Vengan las botellas. (Llenando los vasos.) Este es mi Rudesheim 1895. ¿Qué le parece?

JUAN. — ¡No es ordinario por cierto!

ALCALDE. — Ya lo creo. Es una de las 600 botellas que compré a los herederos del notario Van Hultiem, que tenía la mejor bodega del país... ¿Y qué piensa usted hacer? En ese estado no puede ponerse en camino. Tiene que descansar aquí algunos días y curarse. No se puede bromear con esas heridas.

JUAN. — Es que si me descubren me enviarán a Alemania o me fusilarán como francotirador.

ALCALDE. — No hay nada que temer. Le ocultaré a usted en mi casa, pondré a Otto al corriente y él lo arreglará todo.

JUAN. — Se lo agradezco de corazón. Estoy muy fatigado y conozco que no tendría fuerzas para ir más lejos. Pero tengo miedo de comprometerle si se me encuentra en su casa...

ALCALDE. — Le aseguro que no debemos temer nada; Otto no puede rehusarme este servicio y será un asunto de familia.

(Entra el criado.)

CRÍADO. — Señor Alcalde... están en las puertas de la verja.

ALCALDE. — ¿Quiénes?

CRÍADO. — Los alemanes... dos oficiales y una docena de hulanos. ¿Hay que abrirles?

ALCALDE. — Desde luego; ábrales en seguida y diga a los oficiales que les aguardo.

SECRETARIO. — ¿Debo dejarle solo, señor Alcalde?

ALCALDE. — No, quedese; pero ponga antes en seguridad a su amigo. Pase usted con él a la próxima habitación y cuando vuelva Fermín le habilitará una cama... Hasta la vista, amigo Gilson... llévase los comestibles y las botellas, y nada tema... (Gilson pasa a la otra habitación.) Ahora preparémonos a recibir al enemigo... Ya siento chocar sus sables contra la escalinata...

ESCENA III

EL ALCALDE Y EL SECRETARIO. EL COMANDANTE BARÓN VON ROCHOW Y LOS TENIENTES OTTO Y KARL VON SCHAUMBERG.

ALCALDE (viendo a Otto, da un paso hacia él). — Otto, ¿eres tú? (Tiende maquinalmente la mano, pero la retira.)

OTTO. — Yo soy. (Presentando al comandante.) Mi comandante; el Alcalde de Stilmonde, mi suegro... El comandante Barón von Rochow... El teniente Carlos von Schaumberg.

COMANDANTE. — Señor Alcalde: ocupare-

plaza y el salón anterior. El teniente von Schaumberg y yo ocuparemos las de huéspedes... Fermín... conduce a estos señores a sus habitaciones...

COMANDANTE. — Me veo precisado, señor Alcalde, a suplicarle que adelante el almuerzo media hora. A las doce en punto tendremos el honor de sentarnos a su mesa.

ALCALDE. — De acuerdo.

(Salen el comandante y el teniente precedidos del criado.)

ESCENA IV

ALCALDE. OTTO.

ALCALDE. — ¡Mi pobre Otto!...

OTTO. — ¿Dónde está Isabel?

ALCALDE. — Arriba... en su alcoba... No habrá oído a ustedes.

OTTO. — ¿Y cómo está? ¿No está enferma?

ALCALDE. — Enferma, precisamente, no; muy deprimida, muy triste, muy afectada por estos acontecimientos. Aun debe dormir y preferible es no despertarla.

OTTO. — ¿Cómo ha tomado la cosa?



mos el pueblo hasta nueva orden. Deberá usted atender al alojamiento de 250 hombres. Provisionalmente no tiene usted que procurarse subsistencia. Mis dos oficiales y yo solicitamos su autorización para instalarnos en su casa. Conozco los lazos que le unen a uno de ellos. Espero que gracias a estas excelentes relaciones no surgirá ninguna dificultad entre nosotros. Sin embargo, según la costumbre y en atención al espíritu hostil que la población ha manifestado hasta ahora hacia nosotros y conforme a las instrucciones formales que he recibido, estoy obligado a considerar a usted como rehén. Si por desgracia — Dios no lo quiera — se cometiese un atentado contra alguno de mis oficiales o de mis soldados, la vida de usted responderá de ello. No creo que se llegará a tan penosas circunstancias. Si la población civil se comporta prudentemente, nada debe temerse. Aunque otra cosa se haya propalado, no somos bárbaros. Somos, ante todo, justos; pero las necesidades de la guerra nos obligan a veces a ser severos y estar siempre alerta. Dentro de una hora nos reuniremos en el Ayuntamiento para convenir la requisita y firmar la contribución de guerra.

ALCALDE. — ¿La contribución de guerra? Me parece que hasta aquí no hemos hecho nada que la justifique.

COMANDANTE. — Dispense usted. Acaso le permita discutir la cantidad, pero nunca el principio.

OTTO (al Alcalde). — Le ruego que dé al comandante la alcoba grande con balcón a la

ALCALDE. — Como todos, con estupor, con indignación, con consternación... Pero ella, naturalmente, se encuentra más afectada que nosotros que apenas damos crédito a nuestros ojos... ¡Ah! desdichado Otto... ¡qué faena tan penosa te obligan a realizar!

OTTO. — Crea usted que no la hacemos con gusto. No obramos así sino constreñidos y forzados por la actitud inconcebible de sus compatriotas...

ALCALDE. — Claro; es evidentemente la Bélgica la que ha comenzado (con ironía.)

OTTO. — Es más cierto que lo que usted piensa. Ha comenzado a hacer el juego de nuestros enemigos, y de no habernos adelantado hubiéramos sido víctimas de nuestra confianza en su lealtad.

ALCALDE. — Vaya, vaya, Otto... Tú, de quien conozco la inteligencia, la conciencia y la profunda honradez, ¿cómo te atreves a sostener seriamente semejantes... No encuentro la palabra o sería demasiado dura... Que se hagan creer tan burdas especias a los ignorantes soldados y a algunos hidalguillos ebrios de orgullo y de estupidez, se comprende... ¡Pero a ti! Tú sabes mejor que yo la sencilla, la terrible verdad, como sabes lo que hay que pensar de las terribles matanzas de Visé, de Dinant, de Lovaina y de otros puntos...

OTTO. — Dispense usted. No es lo mismo. Admito que la violación de Bélgica sea lamentable; en mi concepto es un error, quizás

necesario desde ciertos puntos de vista, pero que pagaremos muy caro. Mas no admito las matanzas. Ha habido ejecuciones de rehenes y represalias exigidas por las pérdidas e incesantes agresiones de la población civil. Acaso hubo algún exceso de celo, lo cual desgraciadamente es inevitable. Pero el ejército alemán, que conozco mejor que usted y del que formo parte, es el más disciplinado que existe, y es muy raro, por no decir imposible, que obre sin órdenes o que la orden dada sea sobrepujada.

ALCALDE. — Es justamente lo que yo le reprocho. A juzgar por los efectos, esas órdenes son abominables!...

OTTO. — Afortunadamente estamos solos. Evite usted palabras de esa clase, porque contra toda mi buena voluntad no podría ahorrarme sus malas consecuencias.

ALCALDE. — Está bien. No discutamos más. Nunca nos entenderíamos sobre este punto... ni sobre otros. Sé lo que sé y a ello me atengo.

OTTO. — Yo también sé lo que sé y la historia nos juzgará. Tratemos de encontrar lo que nos unía antes de este cataclismo del cual no somos responsables.

ALCALDE. — Es de apreciar que tú al menos no nos hagas todavía los únicos responsables de los desastres que habéis acumulado sobre nosotros. Te lo agradezco.

OTTO. — ¿Por qué me habla usted así? Yo soy extraño en absoluto a lo que ocurre. Estoy obligado a obedecer como los demás a una autoridad a la cual nadie puede resistir. Estoy cogido en el engranaje y no puedo dejar de hacer lo que hago. Pero no se me ha prohibido guardar intactos mis afectos y mis sentimientos de antes de la guerra... He obtenido que se me envíe aquí para probar a ustedes mi gratitud.

ALCALDE. — Y porque conocías bien el país...

OTTO. — Le ruego que no continúe en ese tono; es injusto y me apena. He querido, sencillamente, como he dicho, probar mi reconocimiento, evitando en cuanto me fuese posible, a usted y a la población, las contrariedades y peligros de una ocupación que yo no podía impedir.

ALCALDE. — Sea... descartemos eso... ¿Cuánto tiempo piensas estar aquí con tus hombres?

OTTO. — No sabemos nada. Pueden ser dos horas... pueden ser dos meses. Depende de los sucesos y de las órdenes que recibamos.

ALCALDE. — ¿Y qué tal hombre es el comandante? Tiene cara de pocos amigos...

OTTO. — Es severo, algo seco, un poco altanero, intransigente en cuestiones de disciplina; pero, en el fondo, justo... No es malo... Le repito que nada tendrá usted que temer si el pueblo se conduce convenientemente. En caso de conflicto o de mala inteligencia, yo usaré de mi influencia para limar rozamientos... Y ahora seamos amigos si usted quiere y permítame que le abraze como otras veces.

ALCALDE (retrocediendo). — Permítame... excúsame... No puedo en estos momentos.

OTTO. — Es chocante y no lo comprendo. Porque al fin esta guerra pasa por encima de nuestras cabezas... Pero no por eso le quiero merces y digo como Antígona: «Tomo parte en el amor y no en el odio». Pero... ¿qué hora es? Las once. ¿Se podría avisar a Isabel, si realmente no está enferma? Comprenderá usted mi deseo de verla, después de tan larga ausencia y de lo que ha pasado...

ALCALDE. — Voy a enviarle su doncella... (Llama, entra el criado y le da órdenes.) ¿Tienes noticias de mi hijo?

OTTO. — ¿De Odilon? No. ¿No está aquí?

ALCALDE. — Como no se nos previno como a ti del golpe que se preparaba, se ha quedado en Colonia... Estamos inquietos...

OTTO. — Nada hay que temer si se está quieto. Yo me encargo de avisar a mi familia para que le traten bien. ¡Hola! veo sobre la mesa uno de los Cattleys que estaban enfermos antes de mi marcha. ¿Qué tal van?

ALCALDE. — Creo que están salvados. He descubierto al microscopio el origen del mal. Es un pequeño criptógamo que resiste a todas las vaporizaciones y fumigaciones clásicas. Pero ensayé una nueva mezcla, de la cual te daré la fórmula, que ha obrado maravillas. ¡Quiera Dios que esta guerra no haga



de mis invernaderos donde he puesto el trabajo de mi vida y la mitad de mi capital, un montón de vidrios y de hierro viejo! Bien sabes tú que hay en ellos flores preciosas por valor de más de medio millón... Sería un desastre, porque hace falta una existencia entera para reunir una colección comparable a la mía.

OTTO. — No tenga usted cuidado. No habrá batallas ni bombardeos por estos lugares, y durante la ocupación yo protegeré la casa de mi mujer y de mi suegro.

ALCALDE. — Aquí está Isabel. (Entra.)

ESCENA V

LOS MISMOS. ISABEL

ISABEL (se detiene un momento en el dintel y luego se lanza en los brazos de Otto). — ¡Tú! ¿Tú aquí y yo no lo sabía?

OTTO (abrazándola). — ¡Isabel!

ISABEL. — ¿No estás herido? ¿No has sufrido?

OTTO. — No. ¿Y tú?... Me han dicho que no te encontrabas bien.

ISABEL. — No es nada... El horror de todo lo que sucede y la inquietud de saber que estabas constantemente en peligro entre los enemigos...

ALCALDE. — ¿Qué enemigos?... Los enemigos son él y los suyos, y él no corre ningún peligro entre ellos... Bueno, les dejo a ustedes... ya me avisarán si me necesitan. (Sale.)

ESCENA VI

OTTO. ISABEL

ISABEL. — Es verdad, pero es así... Llamo enemigos a todos los que desean tu mal, y estos son todos los que amo... Es demasiado para el corazón de una mujer... Pero creo que ha concluido y que lo más duro ha pasado...

OTTO. — No; lo más duro comienza; mas estaba seguro de ti y tú al menos no me condenarás sin oírme.

ISABEL. — Condeno a los otros porque sé que tú no eres más culpable que yo... Y, ¿qué importa lo demás puesto que vuelvo a encontrarte como me habías dejado? ¿Podrás estar a mi lado algunos días? Ya es algo en esta horrible guerra...

OTTO. — No sé. Puede ocurrir que me vea obligado a marchar mañana mismo...

ISABEL. — ¿Estás en primera línea?

OTTO. — Todo está en primera línea en este momento... Avanzamos como un torrente. No me he atrevido a decirselo a tu padre... toda la Bélgica está invadida... Amberes caerá mañana y París dentro de ocho días.

ISABEL. — ¿Y después?...

OTTO. — Para qué más; esa será la victoria; nos instalaremos aquí, a menos que tú quieras mejor seguirme a Alemania...

ISABEL. — Yo iré donde tú vayas... (Entra Floris.)

ESCENA VII

LOS MISMOS. FLORIS

FLORIS. — ¿No está aquí papá?

OTTO. — ¡Hola Floris...! ven acá y abrázame.

FLORIS (retrocediendo con horror). — ¡Abrázate a usted... a usted!

ISABEL. — ¿Qué es eso Floris?...

FLORIS. — ¿Dónde está papá?...

ISABEL. — En la habitación de al lado...

FLORIS. — Pero podías al menos ser cortés y estrechar la mano de Otto, que no te ha hecho mal alguno y ha venido para protegernos...

FLORIS. — ¿Para qué quiero yo su protección? (Sale dando un portazo.)

ESCENA VIII

ISABEL. OTTO

OTTO. — ¿Ves el odio?... ¡Es inconcebible! Lo mismo en todas partes y en todo momento en torno nuestro. No quieren oír nada, ni comprender nada... Es un odio a muerte... lo he sentido hervir hasta en el pecho de tu padre que es el hombre más bondadoso, más justo y más pacífico que he conocido... ¿Qué

quieres que hagamos cuando así nos tratan? Pero hay que vigilar a ese niño... Mientras sus cóleras vayan contra mí, nada importan; pero si se atreve a tratar así al comandante o al teniente von Schaumburg, que tienen poca paciencia, puede ocurrirle algo... (Se oye a lo lejos un tiro.) ¿Han tirado?...

ISABEL. — Sí... y ha cido al final del jardín, del lado del bosque...

(Entran precipitadamente el Alcalde y Floris.)

ESCENA IX

LOS MISMOS. EL ALCALDE Y FLORIS

ALCALDE. — Han oído ustedes... Ha sido un tiro de fusil...

FLORIS (entre dientes). — Uno menos.

OTTO. — ¿Qué dices?

FLORIS. — Nada...; lo que quiero.

ALCALDE (inquieto). — ¿Pero quién ha tirado?... No puede ser más que uno de nuestros hombres. ¡No ha quedado un arma ni en la casa ni en el pueblo!

OTTO. — Será probablemente mi compañero el teniente von Schaumburg que habrá dado una vuelta en el bosque... Es un gran cazador y yo le dije que había bastantes conejos...

ALCALDE. — En efecto... el tiro ha sonado hacia el bosque... pero aquí no había una sola escopeta de caza...

OTTO. — El lleva la suya siempre en su equipaje... En todo caso, si las armas están en el Ayuntamiento, nada tiene usted que temer... ¿Responde usted de su gente? ¿No hay ningún mal alma?...

ALCALDE. — ¿Qué llamas tú «mal alma»? Están irritados, ultrajados, indignados, exasperados, como es natural, pero saben contenerse y no son unos locos para ejecutar un acto inútil que ocasionaría la ruina del pueblo y centenares de víctimas como en Dinant, en Andenne, en Lovaina... Los conozco, tendrán paciencia y esperarán su hora...

OTTO. — ¿Qué hora?...

ALCALDE. — La que vendrá más tarde...

OTTO. — No le conozco a usted. Habla como nuestros peores enemigos...

ALCALDE. — ¿Acaso soy amigo de ustedes? ¿Me harías la injuria de contarme entre ellos?... Pero es cierto... más vale contenerse... Es que este incidente me enerva... Tú sabes que soy el responsable y que si ocurre alguna cosa desagradable todo caerá sobre mí...

OTTO. — Me parece que corren alrededor de la casa. (Va al balcón y lo abre.) ¡Hola! ¿Eres tú, sargento Harting? ¿Qué sucede?

SARGENTO. — (Se le supone abajo; se le oye sin verle.) No sé nada, mi teniente... He visto al teniente von Schaumburg dirigirse de ese lado...

OTTO. — ¿Cuándo?

SARGENTO. — Hace un cuarto de hora...

OTTO (volviéndose al Alcalde). — Lo que yo decía... ha ido al bosque a cazar...

SARGENTO. — Perdón, mi teniente... no llevaba armas.

OTTO. — ¿Estás seguro? La cosa cambia. Corre, pues, a enterarte, en vez de estar ahí con la boca abierta como una oca en la digestión...

SARGENTO. — A sus órdenes, mi teniente. A eso iba cuando usted me ha llamado...

OTTO. — Oigo gritos... Algo serio pasa... Pero... ahí viene un soldado y vamos a saber lo que sea...

SARGENTO (en el jardín). — Vamos, pronto, ¿qué hay?...

SOLDADO (igualmente invisible en el jardín). — ¡El teniente!... ¿Dónde está el teniente?

OTTO. — Aquí estoy... ¿Qué ocurre?

SOLDADO. — ¡Habla!...

SOLDADO. — Mi teniente... ¡han asesinado al teniente von Schaumburg!

OTTO. — ¿Cómo? ¿Quién? ¿Acércate! ¿Qué dices?

SOLDADO. — Que está muerto.

OTTO. — ¿Dónde? ¿Cómo?... Que se llame a un médico... Acaso sólo esté herido... Voy a ver...

SOLDADO. — No; no, mi teniente. Tiene un balazo en la cabeza... Se le ha encontrado en una espesura.

OTTO. — ¿Se ha detenido al asesino?

SOLDADO. — Se le busca en el bosque... No se ha visto a nadie...

OTTO. — Que se pongan centinelas en todas las salidas de la finca. ¡Pronto! ¡pronto!... y que se haga fuego contra cualquiera que intente salir... ¿Dónde está el comandante?

SARGENTO. — No lo sé, mi teniente.

ALCALDE. — Seguramente en su habitación, al otro lado de la casa... No habrá oído nada...

OTTO. — Que se vaya a darle cuenta.

ALCALDE. — Esto no presagia nada bueno.

OTTO. — No temed nada... El culpable no podrá escapar, y en cuanto se le atrape se hará un ejemplo para que nadie tenga ganas de imitarle... Permaneced todos aquí. Que nadie se mueva o no respondo... El caso es grave... muy grave... (Sale.)

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

(La misma decoración que del primer acto.)

ESCENA I

COMANDANTE. ALCALDE. TENIENTE OTTO. SECRETARIO. ISABEL

COMANDANTE. — Señor alcalde: el teniente Carlos von Schaumburg ha sido asesinado dentro de la finca de usted, esto es, en su casa. Uno de sus capataces jardineros ha sido detenido en las proximidades del lugar del crimen. Debe, pues, presumirse que sea el culpable. En todo caso, hasta que se pruebe lo contrario le tengo por tal y esto basta. Hace falta un escarmiento; nuestra seguridad lo exige y esta consideración está sobre todo. En tiempo de guerra la mejor justicia es la más rápida. El capataz será fusilado a las siete de la tarde en punto, a menos que de aquí a entonces no se me haya entregado el que a juicio de usted sea culpable. Mejor que yo, conoce usted el valor y la moralidad de su gente y está por tanto en mejores condiciones para descubrir el verdadero asesino. Podría haber ordenado una represalia terrible y cualquier otro jefe en mi situación lo hubiera hecho, entregando el pueblo al saqueo y al incendio y fusilando el tercio o la mitad de sus habitantes. Pero accediendo a los deseos de mi teniente Otto Hilmer me contento con una sola víctima. No me haga usted arrepentirme de mi clemencia y de mi moderación.

ALCALDE. — Repito lo que he dicho a los que lo han detenido; es de todo punto imposible que mi capataz, el anciano Klaus, haya cometido ese crimen. Hace cuarenta años que está a mi servicio y respondo como de mí mismo. Es el hombre de carácter más dulce, paciente, resignado e inofensivo que pueda existir en el mundo. Si se le ha arrestado en el bosque donde cayó el teniente, es porque en medio del mismo hay un vivero de valiosas plantas que por mi orden fué a cuidar. No llevaba más armas que la podadora y la cuchilla de injertar. Tengo además, la evidencia de que de todos mis obreros, Klaus es el único que en su vida ha manejado un fusil o un revólver.

COMANDANTE. — Señor alcalde; no se da usted cuenta de que disculpando al capataz, es usted quien se acusa a sí mismo y se condena. Pero no tengo por qué discutir. La información no me corresponde. Arréglole usted como quiera. Repito que me hace falta un culpable que será ejecutado a las siete. Será el que usted me designe...; usted mismo si no se me ofrece otro. Entretanto, sírvase usted considerarse como prisionero en su casa. Está custodiada y toda tentativa de evasión será desahadamente reprimida. A las cuatro le haré saber la multa que el pueblo ha de pagar mañana al mediodía, además de la contribución de guerra. (Sale.)

ESCENA II

LOS MISMOS. MENOS EL COMANDANTE

ALCALDE. — ¡Absurdo! ¡Insensato!... ¡Cómo! ¿Es preciso que yo mismo designe al culpable entre mis obreros o mis administrados, cuando sé que no se encuentra entre ellos? ¡Y en caso contrario debo yo mismo entregarme al piquete!... Confiesa que tu comandante con su clemencia y su moderación es un siniestro desalmado... Mejor quisiera habérmelas con uno de esos locos que fusilan a diestra y siniestro y lo llevan todo a sangre y fuego... Al menos sabría a que atenerme...

OTTO. — ¿Qué quiere usted? Dado el aspecto de este asunto apenas le es posible obrar de otro modo...

ISABEL. — ¡Ottol!...

OTTO. — ¡Pero si es verdad!... Estamos rodeados de enemigos, de traidores, nos bañamos en el odio y vivimos en una perpetua emboscada; nuestra existencia pende de un hilo; a cada instante cada uno de nosotros espera un balazo en la cabeza... Es natural que nos defendamos cuando así se nos trata. La resolución del comandante me parece justa, razonable y humana... Tenía el derecho y casi el deber de realizar una matanza y se contenta con una víctima... Nadie puede exigir que semejante crimen quede impune... Por otra parte, será a usted fácil encontrar el culpable; no tiene usted más que confirmar las circunstancias que le designan. El solo hecho de su presencia en el bosque, crea contra él una presunción tan grave que en vano se esforzará usted en destruir. No tiene usted más que dejar marchar los acontecimientos y no intervenir... ¡Si el comandante se equivoca, el error pesará sobre él!

ALCALDE. — No te reconozco Otto... La guerra te ha transformado. Conoces como yo al anciano Klaus... sabes que entre todos mis operarios es el único acaso absolutamente incapaz de cometer un acto de ese género... Trátase de otro cualquiera y yo podría tener una duda, abrigar un recelo, decir...



«¿quién sabe!» En tiempo de guerra, no puede responderse... ¡Pero él!... Es tan imposible, como si se afirmase que el inocente ser que Isabel lleva en sus entrañas, hizo el disparo... ¡Una presunción grave!... ¿Cómo te atreves a decir eso? Tu sabes porque el pobre hombre estaba en el vivero. Lo envié yo mismo cuando vino a tomar sus órdenes a las seis de la mañana. Si yo no hiciera todo lo posible por demostrar su inocencia... sería algo así como si yo mismo mandara el piquete de ejecución.

OTTO. — Y si usted demuestra su inocencia se pone usted en su lugar delante del piquete...

ALCALDE. — ¡Mejor quiero eso! Pero no es posible que las cosas lleguen a tal extremo...

OTTO. — No llegaremos si usted quiere. Tenemos tiempo por delante. De aquí a la tarde es casi seguro que se descubra al verdadero culpable.

ALCALDE. — ¡El verdadero culpable!... ¿Sabes dónde hay que buscarlo? ¡Entre vuestras tropas! Sencillamente uno de los soldados que ha aprovechado la ocasión para desembarazarse de un jefe que le maltrataba. Tú mismo me has dicho que el teniente von Schaumburg era cruel y que todos lo despreciaban y detestaban.

OTTO. — Es muy posible y no me extrañaría... Parece que en otro regimiento escapó por milagro a un atentado del mismo género, pero se ha echado tierra al asunto. Repito que es lo más probable, pero hay que probarlo y eso es lo difícil... Yo haré las averiguaciones por ese lado... por su parte interrogué usted a Klaus que acaso proporcionará algún indicio útil...

ALCALDE. — Lo haré, aunque no espero gran cosa... el pobre hombre no sabe nada...; lo hubiera dicho en seguida... Pero aquí, entre nosotros... ¿crees tú que el comandante haya hablado en serio y tenga la intención de anonadarme con su terrible dilema condenándome a morir en el lugar del inocente que yo rehúse entregar?

OTTO. — No se haga usted ilusiones; por ahí no podemos buscar la salvación. Le conozco y no cambia jamás sus resoluciones. Pero si no hay esperanzas por esta parte, la hay por todas las otras. Interrogué usted a Klaus... yo voy a ver mis hombres...

ISABEL. — Y yo... ¿puedo salir?

OTTO. — ¿Para qué?

ISABEL. — Comprende que no voy a quedarme tranquila en un rincón cuando peligra la vida de mi padre. Quiero ir al pueblo, ver a todo el mundo, hablar, preguntar... hacer algo, en fin. No es posible que todos nos tros esfuerzos reunidos, no tengan éxito.

OTTO. — Bueno, ven conmigo... yo obtendré la autorización.

ALCALDE. — Y Klaus, ¿dónde está?

OTTO. — Detenido y guardado por soldados. Voy a enviarlos. (Sale con Isabel.)

SECRETARIO. — Le dejo a usted, señor Alcalde... Voy a ver a los regidores... Acaso sus gestiones...

ALCALDE. — Vaya usted, mi buen Cirilo... (Le aprieta la mano.) Hay en la vida tristes momentos... Pero ya está aquí Klaus... Déjeme con él.

(Sale el secretario y entra Klaus, con la ropa desgarrada y contusionado.)

ESCENA III

EL ALCALDE Y KLAUS

KLAUS. — Buenos días, señor Alcalde.

ALCALDE. — ¡Hola! ¿Es usted, amigo Klaus?... ¿Pero qué le han hecho? ¡Tiene usted sangre en la boca y en la frente!...

KLAUS. — No es cosa mayor, señor Alcal-



de... Me han sacudido unos golpes porque yo no entendía pronto lo que me querían decir... Pero no es nada... Afortunadamente tenía una camisa vieja y mi pantalón número trece...

ALCALDE. — ¿Sabe usted de que le acusan?
KLAUS. — Sí, señor Alcalde. No comprendía al principio... pero el señor Otto me lo ha explicado.

ALCALDE. — Hace cuarenta años, amigo Klaus, que trabajamos juntos y nada tenemos que reprocharnos... ¿Tiene usted confianza en mí?

KLAUS. — Completa, señor Alcalde...
ALCALDE. — Dígame usted cuanto sepa y hable sin temor. Le doy mi palabra de que todo quedará entre nosotros.

KLAUS. — No sé gran cosa... Estaba en el vivero donde usted me envié por la mañana. Empezaba a podar los rosales... Por cierto que les hacía falta, sobre todo, a los Paul Nerón que tenían unos tallos así (señala.) Y los Malmaison y los Niel comienzan a picarse...

ALCALDE. — ¡Hombre! ¡Me sorprende! No había notado nada hace dos días. ¿Nos queda Cryptol sulfuroso?

KLAUS. — Dos o tres litros, señor alcalde...
ALCALDE. — Poco es... en fin, irá a verlos mañana... Bueno ¿y qué pasó?

KLAUS. — Que de pronto oí un tiro de fusil...

ALCALDE. — ¿De qué lado? ¿A qué distancia?

KLAUS. — No muy lejos... Quizás a cuarenta o cincuenta metros de donde yo trabajaba...

ALCALDE. — ¿Y después?...

KLAUS. — Después... yo continué mi trabajo diciéndome que un tiro más o menos en tiempo de guerra, no era motivo para abandonar mis rosales... Pero momentos después oí gritos... salí del vivero para saber que ocurría y unos soldados alemanes que me vieron, se arrojaron sobre mí, comenzaron a darme golpes al mismo tiempo que exclamaban: «Kapout», «Kapout» y me arrastraron hacia la casa. Una vez aquí el señor Otto me libró encerrándome en el granero de las simientes...

ALCALDE. — Y después del tiro... ¿no ha visto a nadie en los alrededores? ¿No había nadie en el bosque... no ha oído ni notado nada?

KLAUS. — Usted sabe, señor Alcalde, que hay un seto alto y espeso en torno del vivero y que dentro no se ve nada de lo que pasa en el bosque.

ALCALDE. — Y entre nuestros trabajadores... ¿No sospecha usted de nadie? ¿No sabe usted de alguno que esté exaltado o que haya proferido frases de amenaza que puedan darnos un indicio?...

KLAUS. — Los jóvenes marcharon, señor Alcalde, las cabezas exaltadas fueron a reunirse al ejército... No quedamos más que los viejos que sabemos que nada se puede contra la voluntad de Dios y que la violencia sólo acarrea desgracias...

ALCALDE. — Y en el país... en el pueblo... ¿no conoce usted alguna mala cabeza capaz de haber dado el golpe?

KLAUS. — Eso es más difícil... Pero después de la marcha de la gente joven he pensado mucho en eso... y ¡la verdad! no he encontrado quién...

ALCALDE. — Usted es creyente y muy piadoso, mi buen Klaus... no sé yo quien se lo reproche... ¿Me jura usted que cuanto ha dicho es la verdad exacta y que nada me oculta?

KLAUS. — Se lo juro por mi salud eterna, señor alcalde.

ALCALDE. — Le creo, amigo Klaus, y no tenía usted necesidad de ese juramento... Pero todo esto es muy importante para mí... porque mi vida depende...

KLAUS. — ¿Su vida?... Como es eso, señor Alcalde...

ALCALDE. — Sí... sepa usted que si yo declaro que usted es inocente y no encuentro al verdadero culpable... será yo fusilado en su lugar.

KLAUS. — ¿Usted, señor Alcalde?... ¿Por qué? ¡Usted no ha hecho nada! ¡Eso no es posible y jamás se ha visto!

ALCALDE. — Pues, así es, mi pobre Klaus. Lo que han hecho en Aerschot y en otras partes lo harán aquí. Otto acaba de decirme que nadie podrá impedirlo.

KLAUS. — No es posible... Sería demasiado injusto. Se encontrará al verdadero culpable o bien cuando lo sepa sentirá vergüenza y remordimiento y vendrá a denunciarse... Además, usted puede huir... Otto le ayudará... Sucederá algo... pues estoy seguro que Dios no consentirá...

ALCALDE. — Dios permite otras cosas... hoy lo permite todo... No ocurrirá otra cosa que mi muerte y nos podremos estimar dichosos si no sucede nada peor... Usted sabe como yo que la huida es imposible... Otto podría favorecer la mía; pero entonces sería fusilado en mi lugar y eso no sería justo... Pero todo no está perdido... Otto en estos instantes realiza una información entre sus hombres, y acaso dé resultado... Usted, por su

parte, va a reunir a los obreros y les hablará... Usted tiene sobre ellos gran influencia. Exponga claramente la situación y si alguno conoce el culpable arréglense ustedes. Yo no pido que le denuncien y le entreguen... No quiero mezclarme en ello... A ustedes les toca decidir...

KLAUS. — Les hablaré, señor Alcalde, y le aseguro que si el culpable se encuentra entre ellos, cumplirá su deber...

ALCALDE. — Reúnelos en el invernadero de las palmeras con el pretexto de un trabajo urgente para reparar los destrozos de la pasada noche... Pediré a Otto que le deje a usted circular libremente... Aquí llega precisamente... (Entra Otto.)

ESCENA IV

LOS MISMOS. OTTO

ALCALDE. — Otto, he interrogado a Klaus y como tenía la certeza, es tan inocente como yo. No ha podido darme ningún indicio. ¿Podrás dejarle en libertad para que haga entre sus jardineros y empleados la información que acaso conduzca al descubrimiento del culpable?

OTTO. — Desde luego, tengo confianza en él. Sígale, Klaus, que voy a dar los órdenes. (Sale con Klaus.)

ESCENA V

EL ALCALDE. DESPUÉS OTTO

(Queda solo el Alcalde, mira su reloj y el de pesas o de pared.)

ALCALDE. — Las tres... No hay mucho tiempo que perder... (entra Otto.) Y bien... ¿qué hay por tu parte?...

OTTO. — Tengo menos inquietud, pero todo dependerá de usted... La autopsia sumariamente hecha por el doctor Van Cassel ha demostrado que la bala entró por la nuca, atravesó el cerebro y salió por la frente. No se ha encontrado; pero parece que tiene el calibre de un arma de guerra...

ALCALDE. — Ya es algo, porque eso prueba que no se trata de una escopeta de caza...

OTTO. — Sí; pero puede ser una bala de revólver. De cualquier modo me parece imposible demostrar que uno de nuestros hombres haya cometido el crimen. En el momento de sonar el tiro teníamos aquí 150 hombres de línea y una docena de hulanos. Los soldados formaron sus pabellones en la plaza y no se han movido. Los hulanos, excepto dos o tres que hacían guardia delante de la casa, cuidaban sus caballos en la cuadra de la posada de El Unicornio. Sólo tengo dudas de seis soldados provistos de sus armas que fueron colocados de observación en las afueras. Sería preciso que alguno de ellos destacándose de sus compañeros, se hubiese asomado al jardín y al bosque... Es posible; pero no le denunciarán sus camaradas ya que todos tenían quejas del teniente. He examinado, por mí mismo, las armas de esos soldados y creo que no han hecho uso de ellas; los cañones, en efecto, están brillantes y engrasados como si saliesen del taller de un armero.

ALCALDE. — Es muy fácil pasar la baqueta por el cañón de un fusil.

OTTO. — Evidente; pero si no llevamos al comandante una prueba material e irrecusable, no admitirá nunca el supuesto de la culpabilidad de uno de sus soldados. Cuando le hablé de mis sospechas creí que iba a estrañarme; se puso a aullar que yo era un renegado y que me proponía deshonrar a un compañero y a todo el ejército alemán del cual no era digno de formar parte... Tuve que batirme en retirada y declarar que mis sospechas no tenían fundamento para no perdernos todos...

ALCALDE. — Así es que nada puede esperarse por esa parte...

OTTO. — Lo temo...

ALCALDE. — Otra puerta que se cierra... ¿Y has vuelto a ver al comandante?

OTTO. — Lo he vuelto a ver y traigo una impresión más favorable... pero una vez más... Todo dependerá de usted... ¡Ah! ante

todo, aquí tengo una proclama que me ha dado para que usted la firme... Está impresa y pronto será fijada en las esquinas.

ALCALDE. — Veamos ese manifiesto...

OTTO. — He lo aquí. (Leyendo.) «Habiéndose cometido un incalificable atentado en la persona de uno de los jefes del ejército alemán, si el culpable no ha sido entregado hasta las siete de esta tarde, será fusilado a dicha hora, como responsable, el Alcalde de Stilmonde.

En el caso de un nuevo atentado, el pueblo será entregado al saqueo y al incendio y pasados por las armas la décima parte de sus habitantes varones.

ALCALDE. — ¿Y quiere que yo firme?...

OTTO. — Es preciso... Por otra parte, tiene ya descontada la firma de usted, puesto que su nombre figura al pie de la hoja.

ALCALDE. — Entonces no valía la pena de pedírmela...

OTTO. — Es más correcto... más regular...

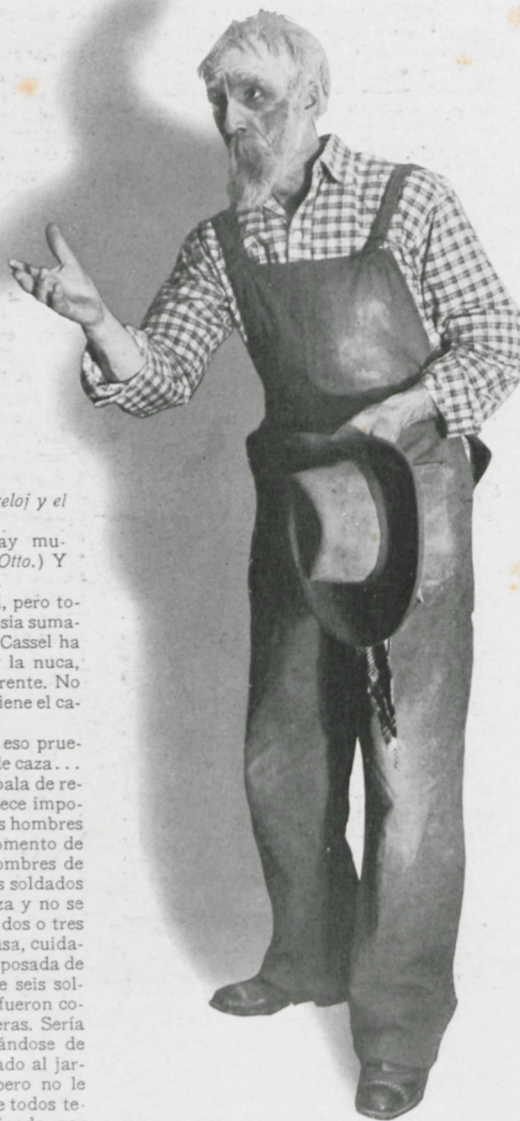
ALCALDE. — ¿Y si me niego?...

OTTO. — No ganará usted nada. Se pasará sin su firma y no se lo perdonará.

ALCALDE. — ¿Qué puede hacer más que fusilarme?

OTTO. — No es usted el único a quien puede fusilar...

ALCALDE. — Es cierto... Después de todo no es más que mi propia condenación la que



firme... (Firma.) Ya está hecho... pero podía mejorarse algo la sintaxis...

OTTO. — Guárdese usted de hacerlo... Cree que es irrefutable.

ALCALDE. — Mi buen Otto... Creo que no me quede más que hacer mi testamento. Es decir, lo tengo hecho, pero quiero retocarlo...

OTTO. — No diga usted eso; no pierda el valor... Hay aún muchos resortes que tocar.

ALCALDE. — ¿Sí?... Yo no veo ninguno...

OTTO. — En primer término éste: el comandante se halla tan convencido de que Klaus disparó el tiro, que es capaz de fusilarlo al mismo tiempo que a usted si usted se obstina en proclamar su inocencia. Piensa que usted quiere a toda costa sustraerlo al castigo que merece. En el fondo, y bien lo he observado, no tiene el menor afán de fusilar a usted, contra quien no guarda resentimiento de ninguna clase.

ALCALDE. (con ironía.) — Ya veo que es muy bueno...

OTTO. — El quiere un escarmiento; en este punto es irreducible, lo cual es explicable... He comprendido que no exigirá a usted que afirme la culpabilidad de Klaus. Le bastará

con que usted permanezca tranquilo, con que no dé escándalo, ni proclame su inocencia... Así usted no tiene más que ignorar lo que ocurra...

ALCALDE. — ¡Ah! ¿Y tú lo harías en mi lugar?

OTTO. — No dudaría un instante... Después de todo puesto que hay aquí dos inocentes y usted lo es más incontestablemente... ¿por qué ha de ser usted el sacrificado? Estamos en guerra y hay suertes y desventuras que salen de la vida ordinaria. Los que caen bajo la desgracia tienen que resignarse...; los demás no son responsables de una injusticia en la cual no tomaron parte, a la cual son tan extraños como a la injusticia de un puente que se hunde o de una torre que se desploma.

ALCALDE. — Todo eso es muy sutil para mí. No veo ni comprendo más que una cosa; Klaus es inocente. Si no lo afirmo a gritos, por voluntad del comandante, mi silencio equivale a una acusación formal y por salvar mi vida, empujo con mis propias manos a quien sé que es inocente delante del piquete de ejecución. ¿Tiene este acto un nombre en alemán?...

OTTO. — No quiere usted comprenderme. Aceptado su punto de vista: de todos modos ha de cometerse una injusticia. Se trata, pues, de saber quién ha de ser la víctima... ¿si usted o si Klaus?... ¿Por qué ha de ser usted quien debe morir?...

ALCALDE. — ¿Y por qué ha de ser él y no yo quien perezca?

OTTO. — Porque ha sido designado por la suerte, por el azar, por la fatalidad, por el destino... como usted quiera llamarlo... Usted no es culpable, de modo que no hay razón para gritar como Nis: «¡Yo, soy yo quien lo ha hecho... dejadme morir en su puesto!» Eso pertenece a lo sublime en el teatro y al heroísmo intempestivo que no tiene que intervenir aquí para nada...

ALCALDE. — En efecto; si yo fuese a decir al comandante, para salvar a Klaus: «No busque usted más... yo he matado al teniente» haría heroísmo intempestivo como tú le llamas y ese heroísmo no está a mi alcance. No tengo nada de héroe... no soy más que un hombre honrado como los demás del pueblo. Como ellos, tengo miedo a la muerte y me aferro a la vida quizá más que ellos porque mi existencia fue hasta hoy más dichosa de lo que yo merecía. Quisiera acabarla tan tranquilamente como es posible... pero también es necesario acabarla digna y decentemente... Me quieres convencer diciéndome que Klaus ha sido designado por la suerte... ¡También yo he sido marcado por el destino!... Si una desgraciada casualidad ha hecho que se encontrase en el lugar del crimen, también una fatalidad no menos desdichada ha querido que yo me encuentre a la cabeza de este pueblo en los momentos de una responsabilidad y de un peligro terrible. Nuestra situación, con respecto a la mala suerte y a la excusa que bucas en el destino, es absolutamente idéntica... Si Klaus tuviera el poder que yo tengo en mis manos, si mi vida o mi muerte dependiese de su solo testimonio y si, sabiendo que era inocente me declarase culpable, tú lo considerarías como un monstruo, como un miserable, como el último de los cobardes... Pues bien, no haría sino lo que tú quieres que yo haga... Los dos estamos marcados por la misma fatalidad y nuestras esperanzas son las mismas. Pero tú quieres incitarme a trampear, a aprovecharme de injustas ventajas en perjuicio de un pobre hombre indefenso que tiene en mí toda su confianza. Bien desearía dejarme convencer por lo que me dices, pero no es posible y lo que me extraña es que tú no lo comprendas...

OTTO. — Bueno... no discutamos, ya que usted no quiere hacerme caso. Admitamos que la situación sea parecida... pero, puesto que es necesario elegir entre dos existencias, pongamos en la balanza la de usted, útil y preciosa para los demás y la de un pobre diablo, sin padres, sin hijos, sin madre en el mundo que lo llora, que no puede prestar ningún servicio y que muy pronto será una carga para todos.

ALCALDE. — La vida de mi pobre Klaus vale lo que la mía; aunque no fuera tan bueno, tan santo como es, aunque se tratase del último de los miserables, mi respuesta sería igual. No es cuestión de estimar el valor y la utilidad de una vida; se trata de saber si yo quiero o no deshonrar la mía.

OTTO. — No reconozco en usted al hombre prudente y de buen sentido que me hizo el honor de darme su hija...

ALCALDE. — Tampoco reconozco yo al hombre a quien se la di...

OTTO. — Seré más justo y más razonable que usted y no renunciaré a la esperanza de salvarlo... aún contra su voluntad. Tiene usted tiempo de reflexionar... quedan tres horas y obtendré que se le deje la elección hasta el último momento.

ALCALDE. — Mi elección está hecha... Cuanto más reflexione, más me convenceré de que un hombre honrado no puede obrar de otro modo. (Entra Klaus.) Pero aquí llega.

Klaus. Acaso traiga novedades que hagan inútil una discusión que a nada puede conducirnos... Y bien... ¿qué hay de nuevo, amigo Klaus?

ESCENA VI

LOS MISMOS. KLAUS

KLAUS. — A eso voy, señor Alcalde. He reunido a los jardineros en el invernadero de las palmeras. Todos estaban presentes, menos el anciano Decester, que se encuentra enfermo, y los jóvenes que marcharon hace quince días. Les conté lo que pasa y lo que iba a pasar... Me comprendieron... ¡están indignados y he visto bien que no sabían nada, que nada podían hacer... También sé que si el culpable se hubiera encontrado entre ellos, no habría sido necesario denunciarle y entregarle... Todos tenían lágrimas en los ojos y en los corazones otra cosa que no diré delante del señor Otto...

ALCALDE. — Estaba seguro...

KLAUS. — Y ahora, señor Alcalde, me va usted a permitir decir algo. Lo diré en presencia del señor Otto, para que pueda comunicarlo al comandante.

ALCALDE. — Hable, amigo Klaus...

KLAUS. — Es lo siguiente, señor alcalde... He reflexionado... soy un viejo... a fin de mes cumpliré 63 años... Soy viudo, no tengo hijos... en cambio tengo alifafes que me dan muy malos ratos... Mi vida, casi acabada, no vale gran cosa, señor alcalde... Así yo me he dicho: «Mi viejo Klaus, ya que has sido sorprendido cerca del teniente muerto, lo mejor, acaso, será que no digas que no eres tú quien lo ha matado...»

OTTO. — ¿Reconoce usted, pues, que lo mató?

KLAUS. — No, señor Otto... No puedo reconocerlo, puesto que no lo he hecho. Pero me callaré cuando se me acuse... O bien pediré al comandante que me fusile en lugar del señor Alcalde... La vida del señor Alcalde es necesaria a todos en el pueblo, sobre todo en este momento... mientras que la mía no sirve para nada...

OTTO. — ¿Ve usted? Es justamente lo que yo decía... No hay que dudar... Este valiente hombre ha comprendido mejor que usted su deber y el deber de usted... Permítame que estreche su mano...

KLAUS. — (retirando su mano.) — No, señor Otto... dispénsame... He removido la tierra y mancharía sus guantes blancos...

ALCALDE. — Yo no sólo quiero estrechar su mano, aunque esté cubierta de tierra, sino abrazarle como a un hermano, mi buen Klaus. (se abrazan.) Y ahora, como si nada se hubiera hablado... Lo que usted quiere hacer es muy hermoso y no me extraña de su parte... pero no es realizable... Ante todo, yo no tengo el derecho de aceptar su sacrificio... Sublime es el ofrecerlo... pero es odioso el aprovecharlo... Luego, aunque yo lo aceptase... a menos que no se declarase usted formalmente culpable, es casi seguro que el comandante no se conformaría... No es la vida de usted lo que necesita; es la mía o la del asesino, para el gran escarmiento que quiere hacer...

KLAUS. — Yo diré todo lo que haga falta para morir en vuestro puesto...

OTTO. — En ese caso aceptará... yo respondo... yo me encargo y usted se salvará.

ALCALDE. — Tú no ves que siempre paramos en lo mismo... que es el entregar a un inocente y que cuanto más tratas de sombrar mi deber, más se ilumina... Y si no consiento que Klaus muera voluntariamente en mi lugar, declarándose inocente, menos lo permitiré reconociéndose culpable, cuando sé que no lo es; eso sería cometer dos cobardías en vez de una...

OTTO. — Venga usted, Klaus... Salvémosle aun contra su voluntad... Vamos a ver al comandante... (Trata de llevarle.)

ALCALDE. — ¡Quieto, Klaus! Usted me quiere... acaba usted de darme la prueba más hermosa y más profunda que un hombre puede dar a otro. Voy a pedirle otra más penosa acaso... pero que será la última... Prométame usted que, suceda lo que suceda, no irá a ver al comandante...

KLAUS. — Señor Alcalde... señor Alcalde. Usted sabe mejor que yo lo que hay que hacer. (estalla en sollozos.) Pero era de corazón... señor alcalde...

ALCALDE. — (abrazándole) — Adiós, amigo Klaus.

KLAUS. — Adiós, señor Alcalde...

OTTO. — No lo comprendo... Esto es sencillamente la locura del martirio...

ALCALDE. — No, amigo mío. Esto es más sencillo aún... Es la honradez de las gentes de este país... ¿Pero han llamado?... ¡Adelante! (entra el criado.) ¿Qué hay?

OTTO. — El señor comandante le ruega que le acompañe al Ayuntamiento con el teniente Otto...

ALCALDE. — Es cierto... había olvidado la contribución y la multa... La discusión será dura... Cuento contigo, Otto...

OTTO. — Haré lo que pueda, aunque a poco me comprometo... El comandante

no tolera que se contrarie su opinión...
ALCALDE. — ¿Qué hora es? Las cuatro dadas... Y yo tan tranquilo ocupándome de estas menudencias, como si fuera solo en el mundo... Ya es tiempo de pensar en los demás...

TELÓN

ACTO TERCERO

(La misma decoración.)

ESCENA I

EL ALCALDE. ISABEL. FLORIS Y EL SECRETARIO

ALCALDE. — Como no ha podido usted asistir a la reunión (al Secretario), voy a ponerle al corriente de lo que se ha acordado. Se ha llegado a un arreglo en lo de la contribución de guerra y en la multa por la muerte del teniente. El comandante exigía quinientos mil francos de contribución y dos millones de multa...

FLORIS. — Más de doscientas mil veces lo que valía...

ALCALDE. — Sin duda... He obtenido, no sin esfuerzo, que reduzca el total a un millón,



que deberá pagarse mañana antes de mediodía. Tengo en mi caja cincuenta mil francos en dinero que pongo a la disposición del Municipio. El Banco Kunper nos dará doscientos cincuenta mil, y los concejales Bulke y De Ruder cincuenta y setenta y cinco mil, respectivamente, todo lo cual asciende a cerca de medio millón. Del resto se ha encargado el regidor Vermandel, recogiendo entre los demás concejales y los mayores contribuyentes del pueblo. A usted le toca secundar sus gestiones. Todo está en regla y puedo irme al otro mundo sin grandes preocupaciones... Las condiciones son duras, pero mejores de lo que esperaba, y Stilmonte no sufrirá mucho con la ocupación. Casi es envidiable su suerte si se la compara a la de otras villas. Debe en gran parte este favor a la presencia de Otto... Ha hecho cuanto podía sin comprometerse peligrosamente... Debo reconocerlo y hacerle justicia... Me he despedido de los regidores y de todos mis amigos en el Ayuntamiento... Me han conmovido... No me imaginaba que se me quería tanto... Vermandel daba compasión... No tenía rostro humano...; se agarraba a mi ropa y quería morir en mi puesto... Me ha costado sudores el hacerle comprender que no había llegado su hora y que su sacrificio era imposible y estéril... El cura de San Juan Bautista, que llegó al final, se encará con el comandante

porque no le había tomado como rehén y dijo que era un honor al cual tenía derecho... Estuvo altanero... El comandante le contestó que nada perdía con esperar... Aun quedan hombres buenos en el mundo... (Mira la hora.) Son las cinco y media... Tenemos hora y media por delante... Pero usted, amigo mío, no tiene tiempo que perder; vaya a lo que le he dicho... Yo esperaré el regreso de Otto con mis hijos... ¿Y su amigo Gilson, el herido...? Le hemos olvidado...

SECRETARIO. — Fermín le instaló en el cuarto del chauffeur. Fui a verle hace un momento y dormía como un niño sin darse cuenta de nada...

ALCALDE. — Mejor... Se lo recomiendo a usted cuando yo no exista...; pudiera cometer alguna imprudencia...

SECRETARIO. — Pierda usted cuidado... Hasta la vista, señor Alcalde...

ALCALDE. — Hasta luego... Acaso nos veamos aún... (Le estrecha la mano.) (Sale el Secretario.) Otto ha ido a quemar el último cartucho cerca del comandante... No espero gran cosa... Me parece que no hay remedio y quiero hacer a ustedes algunas recomendaciones...

(Isabel y Floris se arrojan en los brazos de su padre.)

ISABEL. — ¡Padre mío!

FLORIS. — ¡Papá!
ALCALDE. — (acariciando los tiernamente.) — No llorar, hijos míos... Ahora hay que preverlo todo... Mi testamento está depositado en la oficina del notario Overloop. He tomado ciertas precauciones contra Otto... porque al fin no es de la familia... En la caja, además de los cincuenta mil francos para el pago de la multa, hay diez mil para ustedes... Toma la llave, Isabel, y no hables a Otto de ese dinero... Tu situación será muy difícil después de la guerra. Nuestra raza es tenaz de memoria y el odio imposibilitará a Otto vivir aquí...
FLORIS. — ¡No faltará más!
ALCALDE. — ¡Calla, Floris... Ten piedad de tu hermana... Suceda lo que quiera, no olvides nunca que es tu hermana... Pero aquí llega Otto... vamos a saber a que atenernos. (Entra Otto.)

ESCENA II

LOS MISMOS. OTTO

ISABEL. — (lanzándose a su encuentro.) — Y bien... ¿qué has obtenido?... ¡Habla!
OTTO. — ¡Nada!... He rogado, suplicado, me he arrastrado a sus pies... He dicho y hecho lo que ningún oficial de mi país hubiera hecho en mi lugar. ¡Nada! ¡Nada! Ha terminado por imponerme silencio con un

tono que hacía imposible toda insistencia...

ISABEL. — Pues hay que empezar de nuevo... Tú renunciabas muy pronto, y así no se obtiene lo que se quiere... ¡Si me hubieras consentido ir, como te supliqué, sé bien que hubiera concluido por ceder!... Después de todo es un hombre. ¡Vamos!... Iré contigo... ¡Y si tú no quieres, iré yo sola!...

OTTO. — Es inútil... No nos recibirá.

ISABEL. — ¿Le has dicho lo que debías decirle? Tú tienes influencia en tu país... tu familia es rica... poderosa... Hay que asustarlo... amenazarlo...

OTTO. — ¡Amenazarlo!... No te das cuenta... No sabes lo que es eso... He comprendido que su paciencia se agotaba... Y aun no lo he dicho todo... ¡Hay algo peor!...

ISABEL. — ¿Peor? ¿Peor que qué? ¿Puede haber algo peor que la muerte?...

OTTO. — Sí... él lo ha encontrado... Y acaso no es culpa suya... Es, como todos... esclavo de la disciplina... Me estima menos quizás que al muerto porque yo no soy de su casta... pero no creo que me quiera mal... Se ha mostrado siempre un poco alejado... pero muy justo conmigo... No es malo... es uno de nuestros jefes más humanos... ¡pero lo que quiere que haga es espantoso!

ISABEL. — ¡Dí lo que sea! ¿Qué más podemos temer habiendo llegado al fondo de la desgracia y del dolor? ¿Va a restablecer la tortura? ¿Quiere más víctimas? ¡No hay vida más preciosa que la de mi padre! ¿Exige la nuestra? Pues es lo que anhelo... Muramos todos juntos... que después de lo que pasa es hasta odioso el vivir...

OTTO. — No; no pide más víctimas... pero ordena... No... no puedo... no puedo decirlo delante de ti.

ISABEL. — ¿Pero qué es?... Me causas horror... Si pierdo a mi padre lo pierdo todo... ¡Puedes hablar delante de mí!

ALCALDE. — Nada es más cruel que jugar así con su angustia... Mira en que estado la pones... Puesto que has empezado, llega hasta el fin... No imagino nada más malo de lo que nos sucede...

OTTO. — Tiene usted razón... Pues bien, exige... ordena que sea yo el que mande el piquete...

ISABEL. — ¿El piquete?... ¿A los soldados que van a matar a mi padre?

OTTO. — ¡Sí!...

FLORIS. — ¡Ah! ¡el canalla!...

ISABEL. — ¡Tú, Otto! ¿Tú? ¡Pero eso no es verdad! ¡Dime que no es verdad... que no es posible... que no se ha atrevido!... ¿Y no has saltado como un tigre... no le has escupido en la cara... no lo has matado a sablazos?... ¿No has encontrado en tu alma un rayo que saliera por tus ojos para carbonizarle?... No lo creo... no lo creo...; en ninguna guerra hay nada parecido... No es posible... no es más que una prueba... Ha querido saber hasta donde podías ir...; pero sabe bien que un hombre... que ningún hombre en el mundo, aunque sea un alemán... puede admitir tal cosa... Pero tú... ¿qué has respondido? Seguro que ya sabe que si la desgracia te hizo nacer en su país... ¡no te pareces a los suyos!

OTTO. — Lo terrible es que está obligado a proceder como lo hace. Soy el único oficial que hay aquí... Así es el reglamento y no puede obrar de otro modo.

ISABEL. — ¿Que no puede hacer otra cosa? Y lo dices así... como si lo aprobas... Pero tú, tú, ¿qué has dicho?... ¿qué has echo?... ¿qué piensas hacer?

OTTO. — Le he dicho que era imposible...

ISABEL. — ¡Al fin!... ¡al fin! Ya tenemos una frase... La primera digna de nosotros por la cual reconozco al hombre que elegí... ¿Y no habrá insistido... verdad?...

OTTO. — Me ha contestado que me daba de tiempo para reflexionar hasta las siete... Si a esa hora en punto no me encontraba al frente de mis hombres en el lugar de la ejecución, me haría prender, me colocaría junto a tu padre y él ordenaría el fuego al piquete...

ISABEL. — Perfectamente... Y yo iré contigo... ¡seremos tres en vez de dos! Es una solución; de otro modo nuestra vida era imposible...

FLORIS. — Es que yo voy también...

ISABEL. — ¡Y el hombre no es malo!, decías tú... «Es el más humano de los jefes».

OTTO. — ¡Es la guerra!...

ISABEL. — ¿Y quién la ha desencadenado?

OTTO. — Para nosotros... son ustedes. Y muchos teníamos la muerte en el alma cuando ha sido preciso avanzar contra vuestro pueblo... Pero lo habéis querido. ¡Se ha lucido vuestro rey el día que se interpuso entre el enemigo y un ejército pacífico que quería pasar como amigo...

ALCALDE. — ¡Calla! Nuestro rey ha querido lo que todos queríamos, y si fuera preciso volver a hacerlo, nos encontrarían en el mismo sitio, entre nuestras ruinas... entre nuestros mártires... entre nuestros muertos... ¡prontos a recomenzar!...

FLORIS. — ¡Ve a decirselo a tu odioso monarca!...

OTTO. — (adoptando una actitud amenazadora.) — ¡Cuidado!

ALCALDE. — ¡Basta de locuras! ¡Seamos

razonables!... No hay que perder la sangre fría... El comandante es un monstruo. Lo que se quiera... pero desde su punto de vista es lógico... Sigue el reglamento... y siempre desde su punto de vista no entiendo proceder de otra manera... Voy, por última vez, a preguntar a Otto. ¿Es cierto absolutamente que no volverá de su acuerdo? El postrer minuto ocasiona grandes cambios y hace reflexionar a los más obstinados...

OTTO. — Tal como yo le conozco — y hace diez años — hará cumplir punto por punto lo que ha resuelto.

ALCALDE. — ¿No puede hacer que mande el piquete un suboficial?

OTTO. — No lo hará. En todo cuanto afecta al reglamento, es irreductible... Además... y pensándolo bien... he sido benévolo al juzgar su conducta conmigo... He notado varias veces cierta malquerencia... hasta cierta animosidad contra mí, sin saber a qué atribuirlo... Acaso la riqueza industrial de mi familia ofende su misero patrimonio... Quizás por estar yo casado en este país me considera sospechoso... O bien tiene otros motivos que no quiero decir aquí... Lo cierto es que le complacerá tomarme en falta o cuando menos ponerme a prueba para hacer resaltar con un ejemplo sorprendente la fuerza de la disciplina alemana.

ALCALDE. — ¿Y si yo le pidiera el favor de ordenar el fuego?...

OTTO. — Ya lo pensé... Pero rehusó terminantemente, diciendo que no se podía conceder ese honor a un rebelde... a un traidor.

FLORIS. — ¿Un traidor?...

ALCALDE. — Naturalmente, hijo mío... Llamen traidor a todos los que no traicionan a su patria en beneficio de su país.

OTTO. — Además, añadió que era contrario a todos los reglamentos... Era inútil insistir...

ALCALDE. — Bien... ¿Y tú qué quieres hacer?

OTTO. — Lo que decida Isabel...

ALCALDE. — ¿Qué quieres tú que haga Isabel?

ISABEL. — Que se niegue a obedecer.

FLORIS. — ¡Qué duda tiene!...

ALCALDE. — Y si no obedeces... ¿crees tú, Otto, que la negativa cambiará mi suerte?

OTTO. — Por desgracia tengo el convencimiento de que nada variará...

ALCALDE. — Por otra parte... negándose a obedecer... ¿has meditado, Isabel, en las consecuencias de su acto? Será inmediatamente arrestado y fusilado junto a mí... ¿No es eso, Otto?

OTTO. — No hay duda posible.

ALCALDE. — ¿Es eso lo que tú quieres, Isabel? ¿Que muera al mismo tiempo que yo?

ISABEL. — Y al mismo tiempo que yo...

ALCALDE. — Pero no es seguro que te permitan morir con nosotros...

ISABEL. — Será la primera vez que concedan gracia a una mujer... En todo caso... esa es cuestión mía... Yo sabré lo que hacer.

ALCALDE. — ¿Consientes tú, Otto?

OTTO. — Yo acepto en lo que me concierne... es decir, que desde luego niego la obediencia. Pero no admito que mi muerte ocasiona la de Isabel...

ALCALDE. — Así, pues, al ordenarte la rebeldía, Isabel te coloca delante del piquete de ejecución... Tu esposa no tiene ese derecho sino en el caso de que esté absolutamente resuelta a no sobrevivirte. Si no se acompaña en la muerte a aquel a quien se arroja a ella voluntariamente con propósito deliberado, después de haberle prometido igual sacrificio, se comete la más cobarde de las traiciones... Reflexionad ambos... Se trata de contraer ante mí un compromiso solemne e irrevocable...

ISABEL. — Todo está reflexionado... yo me comprometo...

ALCALDE. — Otto morirá dentro de una hora y tú con él... ¿Es eso lo que quieres?...

ISABEL. — Justamente lo que deseo...

ALCALDE. — ¿Tú aceptas, Otto?

OTTO. — Puesto que Isabel lo quiere... ¡acepto!... (Un silencio.)

ALCALDE. — Está bien... Sois dignos el uno del otro, y me han probado que me aman más que a la propia vida... Ahora que la demostración está realizada y que vuestro sacrificio se ha cumplido como si la muerte hubiera pasado sobre nosotros... ahora que no hay temor de abdicaciones ni cobardías, podemos hablar libremente... En toda esta pesadilla no hay más que una muerte necesaria e inevitable; la mía. Las otras no dependen de nosotros... lo cual quiere decir que no deben llevarse a efecto... Si yo, hija mía, mi amada Isabel, estuviera tendido en un lecho de agonizante, seguramente no te negaría a escuchar y cumplir mi última voluntad...

Estoy de pie... pero tan próximo a mi fin como si estuviera en mi cama agonizando. (Suenan las seis.) ¡Las seis! ¿Oyes? Ya toco la muerte con mi mano... Y en los moribundos la razón suele nublarse... pero yo conservo la plena posesión de mi inteligencia... Por eso la voluntad que voy a expresar, el ruego que voy a hacer, debe seros más sagrado... ¿Me prometes, Isabel, como se ofrece a los que se van a morir, ejecutar lo que voy a pedirte?



ISABEL. — Sé lo que vas a exigirme... Yo no puedo prometerle que el hombre con quien estoy unida ante Dios se convierta en tu asesino...

ALCALDE. — No juguemos, Isabel, en momento tan grave, con palabras que no significan lo que dicen y que disfrazan odiosamente la verdad... Y la única verdad sería, positiva, nos la acaba de revelar Otto al probarnos que está dispuesto a sacrificar su vida, no sólo por salvar la mía, si fuera posible, sino para evitarme el dolor de verlo convertirse en instrumento accidental, involuntario e irresponsable de mi muerte... A nosotros nos toca mostrarnos dignos de ese sacrificio, no aceptándolo...

ISABEL. — Si no lo admitiera no sería digna de ser hija tuya...

ALCALDE. — Palabras... palabras que no expresan la verdad. No perdamos tiempo haciendo frases... Los minutos se deslizan y no quiero morir sin haberte convencido... Otto está cogido en el engranaje del que no puede desprenderse, y está, por decirlo así, mecánicamente justificado. Es tan irresponsable como los doce fusiles que me enviarán sus balas... Hay que ver las cosas como son, elevándonos sobre frases hechas o impresiones estereotipadas que nos las desfiguran. Si su desobediencia pudiese retardar un día o una hora solamente mi ejecución, comprendería en rigor tu resolución... pero no la aplazaré ni tres minutos... Que sea él u otro quien mande el fuego, las balas no dejarán de hacer el mismo estrago...

ISABEL. — ¡Oh! ¡basta! ¡basta!

ALCALDE. — No; no basta... todavía no me has prometido...

ISABEL. — No puedo prometértelo...

FLORIS. — ¡Isabel!

ISABEL. — ¿Qué quieres?

FLORIS (arrojándose en los brazos de su hermana). — ¡Ay! no lo sé...

ALCALDE. — He cumplido con mi deber, y tú, Isabel, lo has aprobado. He hecho el sacrificio de mi vida y lo he hecho con más entereza de lo que esperaba de mi valor. Pero no soy un héroe; soy sólo un misero mortal sin preparación alguna para realizar lo que hoy tengo que hacer. No se me puede exigir más... Mi fuerza tiene sus límites... No he sufrido y no tengo la costumbre de afrontar la desgracia. Puedo soportar el peso de la mía, pero no la de los seres queridos... Siento que no llegase al fin sin flaquear si he de unir a mi triste suerte la más preciosa de las existencias que creía haber rescatado... No querrás imponerme el único dolor intolerable que aun puede herirme... Compréndelo... Es preciso ayudarme... Y en lugar de eso me afliges más... ¿Quieres que tu padre no pueda alzar su frente ante el enemigo?... No temo mi muerte, pero tengo terror de la tuya... No quebrantes el valor de que tendré necesidad dentro de muy poco... El sacrificio de ustedes sería triplicar mi muerte y mi suplicio, y la energía que he acumulado no me bastaría si les viera caer a mi lado...

ISABEL (se arroja, sollozando, en los brazos de su padre). — ¡Padre mío!

ALCALDE. — Esperaba esas lágrimas... Ellas me demuestran que la razón te vuelve y que va a ceder el mal impulso...

ISABEL. — No puedo... no puedo... ¡no podré jamás!

ALCALDE. — Sin embargo... es preciso... El tiempo apremia y estás haciendo más crueles que la muerte, los últimos minutos de mi vida...

ISABEL. — Aun no se ha intentado todo... Te queda la huida...

ALCALDE. — ¿Huir? ¿A dónde? ¿Por dónde? Todas las salidas están guardadas...

ISABEL. — Los que la guardan obedecen a Otto... No tiene más que dar la orden...

ALCALDE. — Otto responde de mí... si huyo, ocuparé mi puesto al pie del muro...

ISABEL. — Puede huir contigo...

ALCALDE. — ¿Para ser detenidos a cien pasos de aquí? Sería el mismo drama sin grandeza ni honor... enlodado por la cobardía... Y si consiguiera librarme, otros muchos pagarían por mí... No; de todas las probabilidades de fortuna, es la que no debe intentarse... Estoy acorralado, fatalmente marcado y moriré... He llegado al fin de mis días... los que merecieron ser vividos ya pasaron... No muero prematuramente... no esperaba ya nada de la existencia... En vez de una muerte lenta, inútil, dolorosa, acaso horrible en un lecho, se me ofrece un fin rápido, honroso, sin torturas morales, sin sufrimientos físicos y que seguramente salvará a mi pueblo... Habría que ser loco, para dudar, para suspirar por el lecho... También he tenido miedo de la muerte... Si me hubieran dicho en otros tiempos que un día tendría que afrontarla como la afronto hoy... me habría aterrado y perdido las ganas de vivir... Y ahora... apenas si me inquieta. Necesito pensar, reconcentrarme, esforzarme, para darme cuenta que es algo grave e imprevisible. De lejos se diría una montaña de horror que oculta el horizonte. A medida que se aproxima, todo se hunde... todo se allana... y de cerca, no es nada...

ISABEL. — Pues bien, si no es nada, déjanos morir contigo...

ALCALDE. — Para mí no es nada, porque toco a mi fin... y sobre todo porque es necesario... Para ustedes lo es todo... porque es inútil y comenzáis a vivir...

ISABEL. — ¡Qué comienzas! ¡Ah! ¡será hermosa la vida que hoy empezas!

ALCALDE. — Será lo que hagas de ella... Pero basta ya... He suplicado y razonado... Los minutos se precipitan y pierdo los últimos en luchar contra ti en vez de tenerte en mis brazos... ¿Quieres o no hacer lo que te pido? Apelo a Otto: su silencio me prueba que comprende. Ve las cosas como tú las verás más tarde, como las veo yo y como es preciso verlas... Algún día me agradecerás no haberte escuchado... Hay que acabar y tomar precauciones para defenderte contra ti misma y contra las locuras de los últimos momentos... Voy a encerrarte en esa habitación que no tiene más salida que esta puerta. Daré la llave a Otto que te abrirá luego...



ISABEL. — ¿Encerrarme? ¿Mientras que?... ¡No quiero!... ¡no quiero!

ALCALDE. — No creo que nos obligues a Otto y a mí a llevarle a la fuerza a luchar contigo... ¡Sería espantoso!... ¿No me ves? ¿No te haces cargo de que estoy agotando mis fuerzas ¡las últimas! y que muero diez veces por culpa tuya? No puedo ni sostenerme en pie... ¡es demasiado!... ¿No lo comprendes?...

ISABEL (cayendo sollozando, en brazos de su padre). — Tampoco yo puedo más... Haz lo que quieras... Te lo prometo todo...

ALCALDE. — ¡Por fin! Ahora te reconozco. Déjame abrazarte larga... muy largamente... sin angustias... Viviréis y con esto me parece que se me indulta... Pero no olvidar que es a un moribundo a quien hacéis esta promesa. No te pido no olvidar, puesto que no depende de ti, ni perdonar a Otto que no tiene nada de que ser perdonado... Lo que te ruego es que no lo separes jamás de tus brazos... ¿Me lo ofrecéis?...

ISABEL (débilmente). — Sí.

ALCALDE. — Ven y abraza a Otto...

ISABEL (estremeciéndose). — No, no; ahora no...

ALCALDE. — Es más desgraciado que nosotros... Soporta el peso de la terrible prueba y yo creo que en su lugar no tendría esa fuerza... Hay que compadecerlo... Tú volverás, poco a poco, a amarlo, como antes de este día... Pronto serás, sin duda, madre... Hay que evitar que el niño que va a nacer sea la última y la más lamentable víctima de este drama... Ya sé que en los primeros tiempos la vida será triste y difícil. Esperad con paciencia... ¡Escuchad a la vida! Siempre tiene razón. Está llena de indulgencia y de buena voluntad y olvida pronto lo que es preciso que se olvide... (Dan las siete.) ¡Las siete!... Llamen... Es la hora... Vienen a buscarnos. Abrázame por última vez... Floris, ven a mis brazos... Ya eres un hombre... Te confío a tu hermana... Siempre nos hemos amado... Vamos, Otto, y ¡valor!... que no esperen. (Va hacia la puerta.)

ISABEL (se agarra a su ropa). — ¡No!... todavía no... ¡No quiero! ¡Díjame ir!...

ALCALDE (desprendiéndose). — Ni una palabra... ni un grito... No podría soportarlo... (La rechaza.) Floris, sostén a tu hermana... (Sale con Otto y cierran la puerta, por fuera, con llave. Un silencio. Isabel está medio tendida en el suelo, sostenida por Floris. Solloza.)

FLORIS (acariciándola). — No llores, hermanita... no llores... Ya vendrá la revancha... ya vendrá... ya vendrá...

ISABEL (se levanta, mira en torno y de pronto corre hacia la puerta). — ¡No! ¡no! ¡Qué horror! ¡No quiero!

FLORIS (alcanzándola). — ¿Qué haces? ¿Qué quieres?

ISABEL. — Quiero gritar, llorar... arrojar-me a sus pies... matarme ante él. No sé... no sé... Aun no se ha intentado todo... (Empuja la puerta.) ¡La han cerrado con llave!... (Corre al balcón, abre, mira la altura instintivamente, retrocede. Floris, que la ha seguido, la toma en sus brazos y la lleva al centro de la escena.)

FLORIS. — ¿Ves? Es muy alto...

ISABEL (vuelve a la puerta que sacude con violencia). — ¡No se puede!... ¡no se puede!... Y sin embargo... si yo estuviera allí... ¡Quién sabe! Hay que esperar... hasta el último segundo... ¡Es preciso! (Empujando.) ¡Es preciso!... (Se oye una descarga. Retrocede horrorizada.) Hecho... está hecho... está hecho... ¡Lo han matado!... ¡Lo mejor que había en el mundo!... ¡Ya no le veré más! ¡Ya no le veré más!... (Camina vacilante, sostenida por Floris, hasta un sillón donde queda anonadada, con los ojos fijos, sin llorar... Floris le echa sus brazos, junta su cara a la de su hermana y maquinalmente la mece como a una niña, repitiendo: «¡Hermanita!... ¡hermanita!... ¡hermanita! Un silencio. La puerta se abre y en el dintel aparecen el comandante y Otto.)

COMANDANTE (creyéndose muy correcto — ¡Señora! Presento a usted mis excusas... Era necesario... Tal es la guerra... ¡Ha muerto como un héroe!...

ISABEL (a Otto). — ¿Eres tú quien ha mandado el piquete?...

OTTO. — Sí...

ISABEL (levantándose súbitamente y rígida). — ¡Vete!

OTTO. — ¡Isabel!... (aproximándose.)

ISABEL (retrocediendo). — ¡No te acerques! ¡No me toques! ¡Vete! ¡No me toques! ¡Se acabó! ¡Para siempre!...

FLORIS. — ¡Tiene razón! ¡Tiene razón!

OTTO. — ¡Isabel!... No comprendo...

ISABEL. — ¿No comprende? ¿No comprende nada?... ¿No ha comprendido nada? Pues bien, ¡yo he comprendido al fin! ¡Vete! ¡Todo es inútil!... Vete, te digo...

FLORIS. — ¡Abrazame! ¡Déjame que yo te abrace!... Somos dos... somos dos...

COMANDANTE (a Otto). — Dejémosles... Tengo necesidad de usted. Parece que atacan del Oeste de Winkel. Usted ha cumplido con su deber... Aquí no nos comprenden... Poco más o menos son todos locos en este país...



LA MAS BELLA PRIMAVERA

es la primavera de la vida femenina, y no hay mujer que no se esfuerce en conservarla el mayor tiempo posible.

La base, sin embargo, de la prolongación de la vida y de la juventud, se halla en saber conservar el cuerpo saludable, haciendo que los nervios estén sanos y que la sangre esté libre de impurezas.

Ahora es, pues, el momento indicado para empezar con asiduidad el tratamiento por la

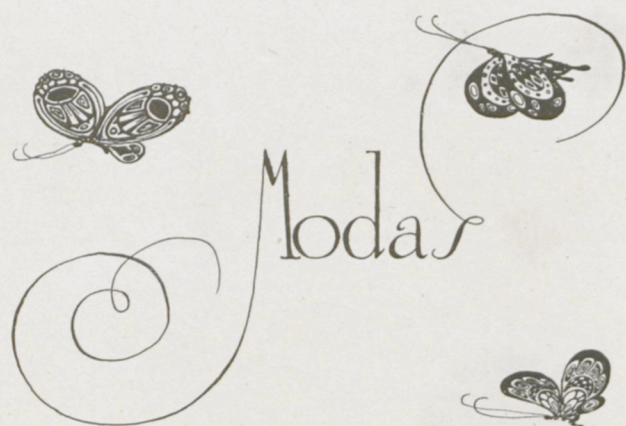
IPERBIOTINA MALESCI

pues en esta época del año se purifica y renueva la sangre con mayor facilidad que en otras. Téngase presente que la Iperbiotina Malesci es, de todos los depurativos, el que tiene sabor más agradable, el que no descompone el estómago y, finalmente, el que NO CONTIENE MATERIAS MINERALES de ninguna especie.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci-Firenze Italia. — Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario-Importador para Sud y Centro América: M. C. de MONACO, Viamonte, 871 - Buenos Aires



VESTIDO DE COMIDA, EN CRÊPE SATÍN BEIGE, TÚNICA DE TUL DEL MISMO TONO BORDADA, ECHARPE DE TUL NEGRO, MODELO DE DRECOLL.



VESTIDO DE BAILE, EN LIBERTY ROSA, ADORNADO EL BORDE DE LA POLLERA Y CAÍDAS A LOS LADOS DE CORAL, MODELO DE JENNY.



VESTIDO DE BAILE, EN LIBERTY NEGRO CON TÚNICA Y BLUSA BORDADA EN PALLETI, MODELO DE JENNY.



MAPLE

MUEBLES Y
DECORACIONES

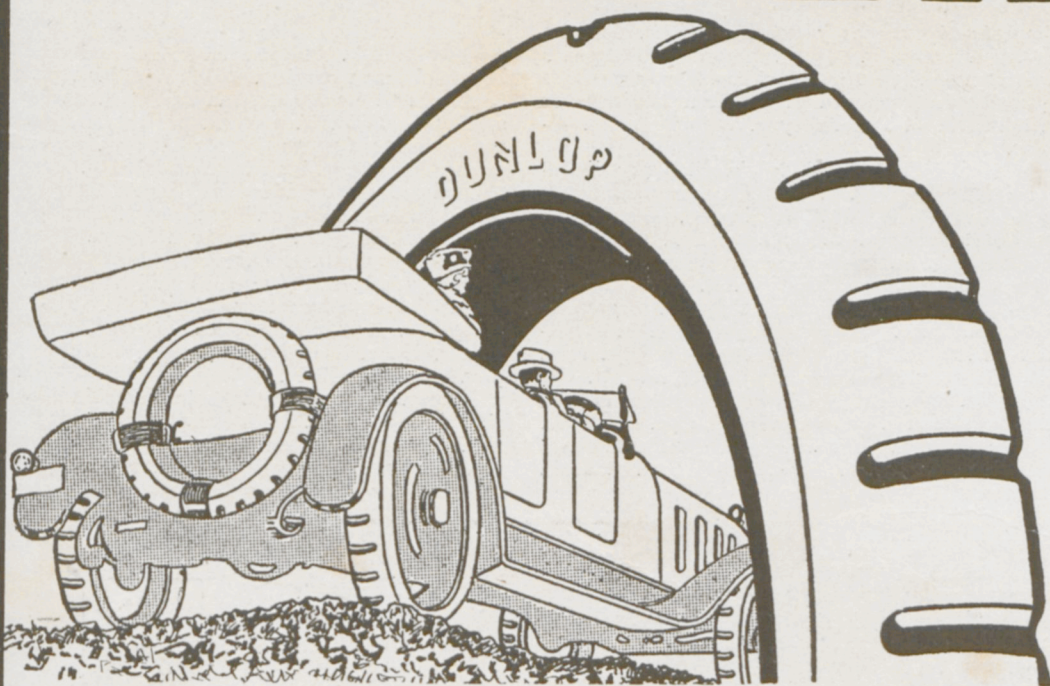
CORTINAS Y
ALFOMBRAS

658, SUIPACHA

PNEUMATICOS

LA DURACIÓN
DEPENDE DE
LA CALIDAD

DUNLOP



LOS PNEUMÁTICOS

DUNLOP

SON LOS QUE MAS

DURAN

1299, VIAMONTE, 1299 - Unión Telef., 6301, Juncal

UN DESFILE DE LA POLICIA NEOYORQUINA



Entre las cosas que más sorprenden al extranjero que visita las ciudades norteamericanas, ocupan preferente lugar esas procesiones cívicas, militares o mixtas, que recorren las calles con frecuencia.

La Cruz Roja, las sufragistas, los bomberos, etcétera, organizan manifestaciones donde se despliega gran lujo de fuerzas y de artefactos. Tales procesiones o cabalgatas son características del gran pueblo, que sabe como ninguno echar mano de todo para conseguir hermosos efectos artísticos.

La fotografía ha hecho conocer en todas partes tales «meetings», pero por muy acostumbrados que estemos ya a esos espectáculos, justo es decir que la última vista recibida proporciona siempre nuevas sorpresas. La inventiva de los artistas encargados de organizar esos desfiles no tiene, por cierto, límites.

El entusiasmo con que Norte América ha sabido acoger su entrada en el conflicto mundial, vino a prestarles a esas manifestaciones caracteres mu-

cho más pintorescos y extraordinarios. Se echa de ver allí toda la energía que el pueblo quiere aportar a una lucha que considera solamente como un medio de obtener la paz firme tan ansiada por la industria, el comercio y la agricultura universales.

A cada nuevo empréstito lanzado por el gobierno, las suntuosas avenidas neoyorquinas y de otras ciudades se llenan de tanques, reproducciones de acorazados, carros alegóricos, bandas de músicas, etc. La muchedumbre se entusiasma con tales apoteosis en las que toma parte prominente. Todo lo que pueda aprovecharse para sorprender y entusiasmar a un pueblo que necesita darse gráfica idea de las cosas, desfila entre los clamores del público y los acordes de las charangas.

Prueba fehaciente de lo que hemos afirmado, la proporciona la fotografía que ilustra esta nota. Trátase de la parada anual del departamento de policía de Nueva York. Este año alcanzó la fiesta proporciones inusitadas.

Entre las novedades que realzaron el desfile, puede citarse la presentación de 400 correctos policías del sexo femenino, cuerpo auxiliar cuya sola presencia hace concebir grandes esperanzas en los servicios que sabrá prestar, sustituyendo a los tradicionales agentes del sexo feo ya conocidos por los lectores en las pantallas del cine.

Otra de las novedades fué el desfile del material que el departamento ha logrado organizar, en sólo cinco semanas, para defender a Nueva York de todo peligro aéreo. Los aviones y demás útiles encargados de la custodia de los habitantes y de los rascacielos, cruzaron adornados por la calle 26 de la Quinta Avenida, provocando ovaciones delirantes. En el desfile tomaron parte 10.000 empleados de la policía.

El organizador de estas mejoras espléndidas ha sido el mayor Hylan, jefe enérgico capaz de llevar a cabo grandes y provechosas iniciativas que pongan a la gran metrópoli norteamericana al abrigo de cualquier peligro.



PUBLICACIÓN MENSUAL
ILUSTRADA

PLVS VLTRA

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires

SUPLEMENTO DE
CARAS Y CARETAS

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	\$ 3.—	m/
Semestre (6 »)	\$ 6.—	»
Año (12 »)	\$ 11.—	»
Número suelto	\$ 1.—	»

EXTERIOR

Año	\$ oro 5.—
Número suelto	\$ 0.50
Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración.	



EXPOSICION DE AVICULTURA BELGRANO, 499 ESQUINA BOLIVAR



LA GALLINA ELECTRICA

Empolpe los huevos de sus aves con electricidad; en cualquier parte donde hay corriente eléctrica se puede usar nuestra Incubadora «Standard». Centenares funcionan ya en los pueblos sub-urbanos, revolucionando la avicultura. La incubadora eléctrica «Standard», resulta más económica que las de kerosene, es menor el trabajo en su manejo y más simple, obteniéndose más pollos y más vigorosos. Nosotros producimos término medio 500 pollos diarios, por medio de la electricidad, pero necesitamos millones de aves y huevos para la exportación. Por más datos, pida prospectos o visite la



EXPOSICIÓN DE AVICULTURA "EXCELSIOR", BELGRANO, 499 ESQUINA BOLIVAR

CONCURSO Chocolate Productora Americana

150 Premios — \$ 1500 en efectivo

Desde la fecha hasta el día 30 de septiembre próximo, a las 5 p. m., en que se considerará clausurado, se organiza este concurso entre los consumidores del excelente CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA, de acuerdo con las siguientes

BASES

- 1.ª — Se trata de escribir la mayor cantidad de veces la frase completa CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA, empleando para ello los cupones especiales que contienen todos los paquetes de chocolate que salen de nuestra fábrica.
- 2.ª — La frase CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA deberá escribirse a mano, con tinta, letra legible a simple vista, sin raspaduras, omisiones ni enmiendas.
- 3.ª — Cada persona podrá remitir todas las soluciones que desee, pero sólo puede optar a un premio.
- 4.ª — Al hacer el cómputo, sólo se tomarán en cuenta las frases completas.
- 5.ª — La adjudicación de los premios estará a cargo del señor Escribano Público, Fernando G. del Río, Rivadavia, 714, cuyo fallo será inapelable.
- 6.ª — Los premios se adjudicarán por orden de clasificación (primero, segundo, tercero, etc.), a las personas que remitan las mejores soluciones. Si dos o más concurrentes coincidieran en la cantidad de frases escritas, se adjudicará el premio al que haya remitido mayor cantidad de soluciones, pasando los demás a disputar los premios subsiguientes.

Se establecen los siguientes:

PREMIOS

Un	1er. premio de \$ 1.000 en efectivo
Un	2.º " de \$ 500 "
Un	3er. " un reloj oro, para señora
Un	4.º " una máquina de coser
Tres	5.º " un violín Stradivarius
Tres	6.º " un gramófono, con 6 discos
Dos	7.º " una máquina fotográfica
Cinco	8.º " una linterna mágica
Un	9.º " un triciclo
Cinco	10.º " un reloj cincelado
Cinco	11.º " tren completo
Dos	12.º " un par patines
Diez	13.º " una muñeca irrompible
Diez	14.º " guitarras para niño
Cinco	15.º " aeroplanos mecánicos
Cinco	16.º " despertador
Setenta	17.º " cajas bombones
Cinco	18.º " juego muebles p. muñeca
Diez	19.º " teatro completo

Total: Ciento cincuenta premios.

Las soluciones deben remitirse a las oficinas centrales de La Productora Americana — Rivadavia, 620 — Buenos Aires Julio 1.º de 1918.

E PARODI & Cía.

CARTERAS

MARROQUINERIA FINA

CASA BISH

ESMERALDA, 81

BUENOS AIRES



SOMBRERO DE ALTA NOVEDAD.

UNICA CASA EN SU GÉNERO

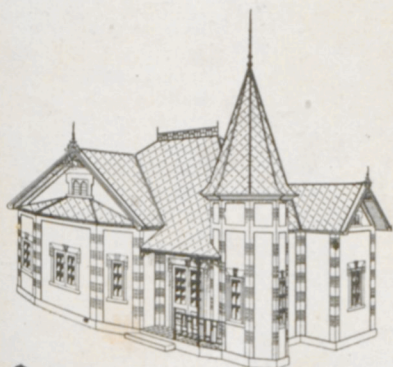
Maison Mathieu,
Bartolomé Mitre 777

Sombreros de gran lujo.

Modelos recibidos de las principales casas de París.

PRECIOS MODICOS

NUESTRO REGALO DE AÑO NUEVO COMO RECLAME



Precioso Chalet construido con nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON». — Recomendado para la campaña por los entendidos, y por los resultados obtenidos.

Nuestra mampostería en cemento armado «Sistema, CHACON», es reconocida y aprobada por la Municipalidad de la Capital Federal, y por todos los mejores estancieros de la República.

Nuestra oferta excepcional vence el día 31 de enero de 1919. Consta de 7 piezas varias y comunicaciones. Listo para ser habitado. Es una buena ocasión.

DATOS Y CATÁLOGOS GRATIS PUEDEN PEDIRLOS A NUESTRO ESCRITORIO.

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537, Bs. As.-U. T., 5448, LIB.

\$ 7.800 c/ Hasta el 31 de Enero de 1919.

POR LA MAÑANA

al levantarse, tómese un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

Se habrá vuelto hervorosa y refrescante.

Antes del desayuno, es un tónico

que provoca el apetito y la digestión, despeja la

cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos.

Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable, seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

¡OJO CON LAS IMITACIONES! NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.

Los vocabularios de las lenguas neolatinas otorgan género masculino o ambiguo a la palabra «arte» y femenino a la locución «bellas artes». Sobre tal diferencia, inexplicable a primera vista, puede hacerse un madrigal pedantesco, que consiste en decir que la mujer es la génesis de todas las artes bellas y del arte masculino.

En efecto; el hombre, ser inclinado desmedidamente a la pereza, no intentaría ningún trabajo artístico si la mujer, criatura innatamente curiosa, no le incitase a la labor. Hay proverbios, composiciones poéticas y largas tiradas de prosa que atestiguan la influencia decisiva del eterno femenino sobre el variable masculino. «Si tu mujer te pide que te tires por un tajo, pídele a Dios que sea bajo», dice un refrán. Bécquer contesta a la interrogación de una incógnita amada con una rima que concluye así:

«Poesía. ¿Y tú me lo
[preguntas?
Poesía eres tú.»

Efectivamente: la mujer es poesía, música, danza, pintura, escultura, etc. Si ella se lo propone, el novio y el esposo abandonarán las delicias del «dolor far niente» para hacer algo que le valga la aprobación de la prometida o de la cónyuge.

El lector que compare todo lo dicho anteriormente con los grabados de esta página, tal vez no acierte la razón de tanta palabrería.

Justo es poner en claro nuestro propósito. Queremos decir que las Bellas Artes preceden al Arte. Porque toda manifestación artística obra de varón tuvo y tiene por modelo una iniciativa femenina.

Más claro: la mujer es la inventora de lo lindo y de lo superfluo. Ella durante los tiempos prehistóricos fué, sin duda, quien mientras esperaba el retorno del esposo se entretuvo en amasar pedazos de arcilla, dándole apariencias de monigotes o de alhajas esbozadas; ella fué quien arrancó sonidos a la hueca caña que le servía para alimentar el fuego; ella fué quien con el jugo de las moras se tiñó el rostro; ella... pero, ¿para qué seguir? La maternidad de las artes pertenece por derecho propio a la criatura humana apta para la maternidad.

EL ARTE EN EL HOGAR



No en balde, los griegos inventaron las Musas.

Lo que sucede es que el hombre a fuerza de trabajar por encargo y mandato de la mujer, llegó a creerse único autor del Arte, y por tan egoísta y vanidoso motivo, da género ambiguo a la palabra Arte y crea un dios: Apolo. Las sufragistas y los hombres juiciosos desmienten esa teoría orgullosa.

Todavía resulta necesario fundamentar con nuevos argumentos la teoría que estamos desarrollando, pues habrá lectores que no la crean muy ajustada a los sanos principios de la razón. Y la defensa de estas afirmaciones la haremos exponiendo varias observaciones que el lector podrá comprobar en la vida real y cotidiana.

Penetremos en una casa regularmente modesta, en uno de esos hogares que no se compran hechos en las tiendas. Fíjate, lector: si allí hay algo de arte o de artes, ¿a quién pertenece? ¿Qué manos bordaron un perito de lanas en ese canevas? ¿Colocó el hombre las plantas que en medio de la mesa del comedor impiden tan gentilmente que el comensal vea las horribles muecas de la masticación de los otros comensales? Los visillos, las cretonas que tapan baúles viejos, y otras cien muestras de prolijidad, ¿son obra del padre, del hermano, y del esposo?

Una tendencia muy femenil y muy simpática, es la de adornarlo todo. De ese amor a la belleza menudanacen las Artes y el Arte. Hay quien llama «chucherías» a esos productos del arte casero.

Indudablemente, pocas de esas obras resisten a la crítica. La mayoría de las veces, puede decirse y sostenerse que el arte decorativo femenino sirve sólo para construir nidales de polvo.

Así hemos visto los floreros soportando ramos hechos con desperdicios de virutas, los monos de peluche, los cuadros pintados con recortes de papel policromo, los collares de ídem, etc.

Pero es justo confesar que de cuando en cuando la mujer acierta, y que cuando falla inspira al hombre deseos de perfeccionar lo inventado por ella.

Y entre las conquistas femeninas, merece puesto de honor esta de adornar bellamente los tiestos o macetas.



Ilustramos aquí una de las ricas sedas provenientes de los antiguos templos del Japón y de la China y que, constituyendo una hermosa colección, se exhiben en nuestros salones.

Thompson
Musley & Co.

Florida 833

Buenos Aires



La famosa
lámpara
que despide
luz blanca

Fabricantes: PHILIPS Ltd. — Agentes. BOSCO, VILA & MARZONI
SE VENDEN EN LAS BUENAS CASAS DE ELECTRICIDAD



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
3.2	9.0	3.2